

---

# QUIEN CALLA, OTORGA

---

Personas que hablan en ella:

- **AURORA, marquesa**
- **NARCISA, su hermana**
- **Don RODRIGO Girón**
- **CARLOS, conde**
- **ASCANIO, marqués**
- **CHINCHILLA, lacayo**
- **BRIANDA, dueña**
- **TEODORO, caballero**
- **SIRENA, dama**
- **ARMINDA, dama**
- **Dos CRIADOS**
- **ACOMPAÑAMIENTO**

---

## ACTO PRIMERO

---

*Salen AURORA, NARCISA, y BRIANDA*

AURORA: ¡Qué necio y qué porfiado!

NARCISA: Por fuerza ha de ser lo uno  
si es lo otro.

AURORA: ¿Hay tal enfado?

¡Hola! No entre aquí ninguno,  
Esté ese jardín cerrado.

Salid vos también afuera;  
guardad la puerta.

BRIANDA: ¡Portera,  
siendo dueña! ¿Hacerme quiso  
ángel de este paraíso?  
En mi mocead sí fuera;  
pero ¡cuando dan despojos  
al tiempo, que no resisto,  
mis años, y mis enojos...!  
Hasta agora, ¿quién ha visto  
ángel con tocas y antojos?

*Vase BRIANDA*

AURORA: ¿Qué es lo que Carlos pretende  
con tanta embajada, hermana?

NARCISA: Escribiendo se suspende  
de Amor la llama tirana,  
que en él tu memoria enciende.  
Mientras no te ve te escribe,  
y en respuestas que recibe,  
apoya ausencias crueles;  
que la esperanza, en papeles  
tal vez, como joya vive;  
y fiado en el concierto

y palabra que le dio  
mi padre, tiene por cierto  
ser tu esposo.

AURORA: Ya murió  
mi padre y con él se ha muerto  
cualquier derecho y acción  
que alegue en la pretensión  
de mi amor; pues si le di  
esperanzas con el sí,  
fue más por obligación  
[a su paternal prudencia]  
que por gusto y voluntad.

NARCISA: Contra ti das la sentencia.  
AURORA: Por qué si mi libertad  
queda libre, con la herencia  
de este marquesado absuelta?

NARCISA: Nunca la palabra suelta  
Quien estima su valor.

AURORA: Díselo como menor;  
Libre soy, y estoy resuelta  
a no cumplirla; esto es cierto.  
Déjame, hermana, gozar  
de mí misma, pues se ha muerto  
mi padre; que no he de hallar  
en medio del golfo el puerto.  
No cautives mi cuidado  
de ese modo; que no es justo  
que intente el conde, pesado,  
oprimir leyes del gusto,  
por sola razón de estado.  
La voluntad ha de hacer  
esta elección; que a no ser  
ella la casamentera,  
la cruz que hace Amor lijera,  
de plomo, haráme caer.

NARCISA: ¿Tan mal el conde te está,  
mancebo, galán, discreto,  
y que en Borgoña podrá,  
si llega su amor a efeto,  
que si eres cuerda, si hará,

con este estado y el suyo,  
casi un reino hacer?

AURORA: Concluyo  
que en mí imposibles conquista.  
Amor entra por la vista,  
no por el abono tuyo.

No le he visto, y así trato  
no ser conmigo crüel,  
si mi libertad maltrato.

NARCISA: Ya sustituye por él  
este gallardo retrato.

AURORA: Pinturas encarecidas,  
y verdades, imagino  
que vienen a ser, oídas,  
como nuevas de camino,  
mentirosas ó añadidas.

Pintar y escribir es ciencia  
de adular con elocuencia;  
porque en materia de amores,  
los poetas y pintores  
tienen de mentir licencia.

¡Bueno es que al pintor pagase  
retrato el conde, que fuese  
bastante a que me obligase,  
y que al pincel permitiese  
que sus faltas retratase!

Yo a lo menos no lo creo,  
no pienso dar fe al traslado,  
si el original no veo;  
que es retrato este pagado,  
y no puede venir feo.

NARCISA: Ya yo sé que el interés  
hace, cuando Apeles es,  
por ser su pincel de oro,  
de un Polifemo un Medoro;  
mas cuando crédito des  
a la fama, que acrecienta  
del conde alabanzas sumas,  
yo sé que estarás contenta.

AURORA: Es la fama toda plumas,

¿Y no quieres tú que mienta?

¿De plumas no es el pincel?

Luego mentiras me ofrece.

NARCISA: Milagros me cuentan de él.

AURORA: Si a ti tan bien te parece,  
cásate, hermana, con él.

NARCISA: Si fuera marquesa yo...

AURORA: ¿Luego solo en eso estriba  
tu voluntad?

NARCISA: ¿Por qué no?

Lo mas a lo menos priva.

AURORA: Heredera te dejó  
de sus tesoros mi padre;  
y del dote de mi madre,  
joyas, riquezas bienes,  
tanta hacienda tener vienes,  
que como el conde te cuadre,  
te igualas casi a mi estado.

NARCISA: No es bien, siendo yo menor,  
casarme antes, ni le ha dado  
al conde pena mi amor  
sola tú le das cuidado.

AURORA: Pues aunque así de él te avisa,  
no me encarezcas sus quejas,  
ni me cases tan aprisa;  
que ese oficio es de muy viejas,  
y tú eres niña, Narcisa.

Ayer dejamos el luto  
con que el paternal tributo  
pagamos al fin del año;  
gocemos, pasado el daño,  
de la libertad el fruto.

Esto de casarse, hermana,  
ha de tener ocasión,  
no como fruta temprana,  
que cogida sin sazón,  
sale insipida o vana.

NARCISA: Muy alegórica estás.

No tratemos de esto más.

El conde sufra y perdone,

hasta que amor te sazone;  
que agora ni aun hojas das.

AURORA: Mudemos plática, hermana,  
y no te acuerdes más de él.  
Di, ¿qué te escribe Dīana,  
condesa de Oberisel?

NARCISA: Es la hermosura alemana.  
A un don Rodrigo Girón,  
español y caballero,  
me encomienda.

AURORA: Su opinión  
le ha dado el lugar primero  
entre los de su nación.  
Lo mismo me pide a mí,  
porque ha de venir aquí,  
y de verle me holgaré;  
que ya sus amores sé.

NARCISA: Cosas notables oí  
de ese español, si es que son  
verdaderas.

AURORA: La condesa  
le tuvo tanta afición  
como la fama confiesa;  
y a aprovechar la ocasión,  
dicen que de Oberisel  
fuera conde, y de Dīana  
esposo.

NARCISA: Para ser él  
español, nación que gana  
por atrevida el laurel  
de Marte, como el de Amor,  
milagro es que tal valor  
haya, por corto, dejado  
perder tal mujer y estado.

AURORA: ¿Gozóle el conde? ¡Mejor!

*Óyense voces dentro*

VOZ 1: ¡Matadle!

VOZ 2: Al agua se echó.  
 VOZ 3: Disparadle las pistolas.  
 VOZ 4: Venturas son españolas.  
 La cerca, leve saltó.  
 VOZ 5: El jardín de la marquesa  
 le ha dado seguro puerto.  
 VOZ 6: ¡Que no le hubiéramos muerto!  
 ¡Ah, mal cumplida promesa!

*Sale don RODRIGO, la espada en la mano*

AURORA: Qué es esto? Hombre, ¿dónde vas?  
 Retírate, hermana mía.

NARCISA: ¿Hay tan notable osadía?  
 ¿Sabes acaso que estás  
 en el jardín, reservado  
 solo a la marquesa Aurora?

RODRIGO: Lo que la ignorancia ignora,  
 mi ventura ha declarado.  
 Damas tuyas debéis ser,  
 ya que las señoras no;  
 y no poco feliz yo,  
 si la mereciese ver.

AURORA: ¿Cómo venís de esa suerte?

RODRIGO: Envidiosos lisonjeros  
 Por quitarme el bien de veros,  
 han querido darme muerte.  
 Pero este jardín que en ser  
 vuestro da clara señal  
 de que es noble y es leal,  
 me vino a favorecer  
 contra la pasión violenta  
 que envidiosa me persigue,  
 de quien para que os obligue,  
 será razón daros cuenta.

Nací en España noble, no dichoso,  
 si en mis desgracias mi fortuna fundo,  
 de madre ilustre y padre generoso

Rodrigo en nombre, en sucesión segundo,  
 Mi hermano, mayorazgo caudaloso,  
 Me forzó a que buscase por el mundo  
 correspondiente estado a mis intentos  
 huyendo sus escasos alimentos.

Troqué por Flandes mi famosa tierra  
 donde hermanos segundos no heredados  
 su vejación redimen en la guerra  
 si mayorazgos no, siendo soldados.  
 Entré en Oberisel, en cuya sierra,  
 metrópoli Momblán de sus estados,  
 el tribunal de su gobierno elige,  
 corona muros y flamencos rige.

Varios sucesos, que prolijos dejo,  
 me dieron a Dïana por señora,  
 condesa suya, de quien es bosquejo  
 el sol que montes raya y valles dora.  
 Con luto viudo, de cristal espejo,  
 que el ébano guarnece, del aurora  
 emulación hermosa parecía,  
 noche a su amor, a sus amantes día.

Pusiérame silencio su respeto,  
 si ella misma al partir no me mandara  
 que os contase esta historia, y el secreto  
 la fama, en fin mujer, no profanara.  
 Su secretario me hizo, y en efeto,  
 quédese aquí, señora; que repara  
 su autoridad mi lengua, si os da aviso.

AURORA: Ya hemos sabido lo que Dïana os quiso.

Proseguid vuestra historia, don Rodrigo  
 pues ella os lo mandó, decí adelante,  
 si no es que en el suceso a que os obligo  
 sois relator tan corto como amante.

RODRIGO: Serviráme el contarla de castigo,  
 pero en fin, venturoso aunque ignorante,  
 Dïana entre confusos pensamientos,  
 me dio favor, si no merecimientos.

Peleaban en ella justamente  
 vergüenza y afición. Obligaciones  
 de su estado y viudez la hacían prudente.

El deseo animaba persuasiones,  
ya desdeñoso honor, ya amor clemente,  
divisas en contrarias opiniones.

Tal vez neutral y tal determinada  
nave era de huracanes asaltada.

De aquestos dos principios tan distantes,  
nació un mixto, a sus causas parecido,  
que en mí influyó contrarios semejantes,  
juzgándome ya humilde, ya atrevido.

Méritos niños admire gigantes,  
y gigante valor lloré abatido,  
nube a su sol que sus colores viste,  
si amante, alegre, si severa, triste.

De aquesta suerte amándome en confuso  
y yo en confuso acciones imitando,  
esfinge, enigmas a mi amor propuso,  
intérpretes deseos despeñando.

¡Qué de veces el alma a ver se puso,  
por ser vista, en los ojos; y mirando  
desde ellos mi inquietud y sus enojos!  
¡Edipos de la lengua eran mis ojos!

Jeroglífico en fin mí amor, vivía,  
atrevido cobarde; pues si hablaba  
a Dïana y su amor agradecía,  
rayos de enojo airada fulminaba;  
si otra beldad mi pena entretenía,  
celosa atrevimientos castigaba,  
deletreando enigmas mi sentido,  
más desdeñado, cuando más querido.

Vino a Momblán entonces Casimiro,  
palatino del Rin, a ser su esposo.

Si fue llamado o no, no sé; aunque admiro  
natural en mujer tan caviloso.

Resuelto pues la libertad retiro;  
triste, si alegre; libre, si celoso;  
parabienes la doy, y cuando pienso  
que libre estoy, me deja mas suspenso.

Equívocas razones me responde,  
con que me desespera en la esperanza.  
Preguntole si tiene amor al conde;

dice que sí y que no. ¿Qué ingenio alcanza  
la paradoja que este caos esconde?

¿O quién vio tal firmeza en tal mudanza?

En fin me llama, y amorosa, esquiva,  
al conde manda que un papel escriba.

Lo que me nota asiento, y sin nombrarle,  
su bien le llama, su esperanza y vida,  
y porque en ella intenta asegurarle,  
a su jardín de noche le convida.  
Remátala con esto, y al cerrarle,  
me encarga...--¡Ay ocasión, por no entendida,  
malograda!--encargóme que le diese  
a quien más que a sí mismo la quisiese.

Fuése con esto. ¡Ved cuál quedaría  
en tanta confusión mi entendimiento!  
"Si a quien la quiere más que a sí," decía,  
"viene el papel, mi ardiente pensamiento  
le adora más que el indio al rey del día."  
Mas,--¡ay soberbio y loco atrevimiento!--  
si Casimiro la ama, en tal estrago,  
él recibe el papel, yo el porte pago.

Mil veces le abro, desenvuelvo y miro,  
cerrándole otras tantas. Ya interpreto  
en mi favor mi enigma; ya suspiro,  
de mil contrarios mísero sujeto.  
Celoso en esto llega Casimiro,  
y dícame, "Español, si sois discreto,  
bien sabéis que en aquesta noble empresa  
más que a mí mismo quiero a la condesa."

"Si mas que a vos la amáis, conde," repito,  
"cebad en su hermosura el feliz fuego  
de Amor; que en mí el de celos solicito."  
El papel--¡qué ignorancia!--al conde entrego  
diciendo, "A vos os llama el sobre escrito."  
Leyóle, extremos hizo, ofreció abrazos  
dando a larga esperanza cortos plazos.

Entróse en el jardín, y a sus umbrales  
lloraba yo ocasión tan mal perdida,  
cuando los dos salieron en iguales  
lazos, que unieron dos en una vida.

Viome Diana, y aumentó corales,  
no sé si vergonzosa u ofendida,  
diciéndome, "¡El papel al conde distes;  
mostrado habéis cuán poco me quisistes."

"Pensé que el conde..." dije; y con desprecio  
me ataja, replicando, "Don Rodrigo,  
¿hombre sois de penséque? Ya no os precio  
como hasta aquí. Perdido habéis conmigo  
si os disculpáis con el `penséque' necio.  
Sirvaos vuestro `penséque' de castigo  
y mi amor en el conde gustos trueque  
que esto merece amante de `penséque.'"

A Casimiro elige por consorte.  
Intentéme casar con una dama  
que un tiempo fue de mi esperanza norte,  
pero celosa, efectos de quien ama,  
tal casamiento impide, y de su corte  
salir me manda, y para vos, madama,  
este pliego os escribe en favor mío,  
testigo de mi loco desvarío.

*Dáselo*

La dama, que mi esposa creyó en vano  
ser en vez de Diana, mi partida  
culpa llorosa, llámame tirano,  
deshonras finge, quéjase ofendida.  
Su persuasión en fin forzó a su hermano  
que me asalte con otros, y la vida  
me quiten, que a esos pies humilde puesta  
su historia y mi desdicha os manifiesta.

AURORA: La primer vez, don Rodrigo,  
que ha perdido la ocasión  
con merecido castigo  
hombre de vuestra nación,  
es ésta. La opinión sigo  
que por acá España tiene.  
En mi casa os estaréis,  
donde una plaza os previene

la encomienda que traéis  
de mi prima. ¡Ojalá enfrene  
la ausencia vuestro pesar!  
Llegad, don Rodrigo; a hablar  
a mi hermana, intercesora  
vuestra.

RODRIGO: Dadme, gran señora,  
esos pies.

NARCISA: A restaurar  
penas de vuestro suceso  
id; que ya dicho lo había  
la fama.

RODRIGO: Los pies os beso.

NARCISA: Ya Dñana, prima mía,  
con quien nuevo amor profeso,  
escrito nos ha a las dos,  
intercediendo por vos.  
Por quien sois y por Dñana,  
os hará merced mi hermana.

RODRIGO: Mil años os guarde Dios.

*Vanse. Salen el conde CARLOS y TEODORO, de camino*

CARLOS: Tanto resistir, Teodoro,  
Aurora, ¿qué puede ser?  
¡Un año de padecer,  
habiendo dos que la adoro!  
No es posible que no tenga  
cautiva la libertad  
en ajena voluntad.  
Esto me obliga a que venga  
a hacer yo mismo experiencia  
de mis venturas o engaños.

TEODORO: No sé qué en propios o extraños,  
con tener tanta licencia  
la vulgar murmuración,  
haya hasta agora notado  
de amante a Aurora, ni dado  
indicios a tu opinión.

Antes contra su aspereza  
murmuran cuantos la ven  
que en ella corra el desdén  
parejas con su belleza.

CARLOS:       Pues ¿por qué ingrata y severa,  
mi esperanza desanima?

TEODORO:     Porque en mucho más se estima,  
señor, lo que más se espera.

Y siendo así, no es acierto  
el que has hecho, en no querer  
darte agora a conocer.

CARLOS:       Yo he de servir encubierto  
a la marquesa, Teodoro,  
y averiguar de esta suerte  
si ajeno amor la divierte.

TEODORO:     Yendo contra tu decoro,  
y sirviendo a quien espera  
admitirte por señor,  
desdices de tu valor.

CARLOS:       Mis sospechas considera,  
y verás cuán cuerdo fui  
en venir a averiguarlas.

TEODORO:     Pues ¿no basta a asegurarlas,  
señor, la palabra, di,  
de Aurora y su padre?

CARLOS:                       Es viento  
la palabra en la mujer.

TEODORO:     ¿De qué modo no ha de ser  
para ti, si el testamento  
del muerto marqués dispone  
que te desposes con ella?

CARLOS:       ¡Qué bien! Como eso atropella,  
Teodoro, un `Dios le perdone.'  
Si no me ama, no intento  
pleitear con su desdén  
ni a mí me puede estar bien  
casarme por testamento;  
que el casarme no es herencia.

TEODORO:     Es concierto entre los dos.

CARLOS:       Yo he de saber, vive Dios,

por qué es tanta resistencia.

Cánsate ya de cansarme.

Cartas traigo en mi favor  
de mí mismo.

TEODORO: ¡Extraño humor!

CARLOS: Agora audiencia ha de darme,  
que ya las cartas leyó,  
y su criado he de ser.

TEODORO: ¿Pues no te ha de conocer?

CARLOS: Jamás Aurora me vio.

TEODORO: Tu retrato la enviaste.

CARLOS: Si la doy, cual pienso, enojos,  
no habrá puesto en él los ojos.

TEODORO: ¿Y si te ama, y te engañaste?

CARLOS: Entonces podré seguro  
descubrirme y desmentir  
sospechas, que han de salir  
con la verdad que procuro.

TEODORO: Alto; pues que das en eso,  
sirve a quien has de mandar.  
¡Qué difícil es de hallar  
sabio rico, amor con seso!

*Salen don RODRIGO y ASCANIO, hablando con don RODRIGO  
cerca de la puerta y distantes ambos del CONDE y TEODORO*

ASCANIO: Días ha que he deseado,  
señor don Rodrigo, veros,  
serviros y conoceros;  
que la fama que os ha dado  
la que habéis vos conseguido  
y por Italia os alaba,  
a estimaros me inclinaba;  
y pues ya se me ha cumplido  
este deseo, desde hoy  
os rindo una voluntad,  
sujeta a vuestra amistad.

RODRIGO: Yo solo el dichoso soy,  
señor secretario; en eso

tanto más interesado  
 cuanto me habéis obligado  
 con la merced que confieso,  
 y la experiencia hará llana.

ASCANIO: En una casa vivimos,  
 y a una señora servimos,  
 cuya hermosísima hermana,  
 ya que llevo a descubriros  
 secretos... Mas por agora  
 se quede, que sale Aurora.  
 Mucho tiene que deciros  
 el alma.

*Salen NARCISA y AURORA, con una  
 carta*

AURORA: ¿Sois vos por quien  
 el conde Carlos me escribe?

CARLOS: Soy, señora, el que apercibe  
 un alma... y no dije bien...  
 (Que más hablo como amante Aparte  
 que como el que a servir viene.)

AURORA: Turbado estáis.

CARLOS: ¿No conviene  
 que quien tiene al sol delante,  
 a lo menos al aurora,  
 no ciegue cuando la vea?  
 Soy quien acertar desea  
 a serviros, gran señora.

*NARCISA habla aparte con AURORA*

NARCISA: Advierte, hermana, que tienes  
 a conde Carlos delante,  
 al retrato semejante.

AURORA Con mi sospecha conviene.  
 Disimula agora.

*A los otros*

El conde  
me escribe en vuestro favor;  
y como ha de ser señor  
de este estado, corresponde  
con lo mucho que le quiero  
pues me envía adelantado  
en vos tan noble criado.

CARLOS:       Mostrar que lo soy espero,  
                  agradándoos, gran señora.

AURORA:       Dispone mi amor con vos;  
                  que sois un alma los dos,  
                  según me avisa; y agora,  
                  aunque el casarme dilato,  
Ludovico, he de mostrar  
con vos lo que sé estimar  
sus cosas.

CARLOS:       (No vio el retrato     Aparte  
                  me desconoce.)

AURORA:       Yo he puesto  
                  casa que a mi gusto cuadre.  
Los criados de mi padre  
eran viejos, y molesto  
                  su modo de gobernar.  
Con cargos que les he dado  
en lugares este estado,  
podrán todos descansar,  
                  y yo renovar oficios.  
Pues ya por mi cuenta tomo  
vuestro aumento, mayordomo  
de mi casa os hago.

CARLOS:       Indicio  
                  dais de la correspondencia  
con qne paga vuestro amor  
el del conde mi señor.

AURORA:       Pues que vuestra suficiencia  
                  abona, muy bien se emplea

la plaza en vos que os he dado,  
 porque su mayor privado,  
 mayor en mi casa sea.

CARLOS: Bésoslos pies

AURORA: Don Rodrigo,  
 por lo mucho que os estima  
 Dïana, y por ser mi prima,  
 cuyo gusto alabo y sigo,  
 os mi maestresala.

RODRIGO: Como a serviros acierte,  
 será dichosa la suerte  
 que en ese oficio señala,  
 gran señora, mi ventura.

AURORA: El oficio de trinchar  
 consiste en saber buscar,  
 español, la coyuntura.  
 Curioso es, aunque ordinario.  
 Veré si en provecho vuestro,  
 sois maestresala más diestro,  
 que entendido secretario.

*Vase AURORA*

NARCISA: Esto es tocar en la historia  
 de vuestro amor, don Rodrigo,

RODRIGO: No pensé que, en mi castigo,  
 fuera a todos tan notoria.

NARCISA: ¿`Penséque' otra vez decís?  
 Dejad `penséques' avaros,  
 Que os han salido muy caros,  
 si a restaurarlos venís.

*Vase NARCISA*

RODRIGO: (Basta; que a todos ofrezco Aparte  
 materia en que satiricen  
 mi cortedad; mas no dicen  
 aun lo menos que merezco.

Mi `penséque' se ha extendido  
por todo el mundo.

*CARLOS habla aparte con TEODORO*

CARLOS:               Teodoro,  
                          más sospecho lo que ignoro.  
                          ¡Que no me haya conocido  
                          Aurora! No pongas duda  
                          de que de mí no se acuerda.

TEODORO:    Tu industria, no sé si cuerda,  
                          prosigue; que con su ayuda  
                          podrás salir de este abismo.

CARLOS:    Yo procuraré saber  
                          la verdad, pues vengo a ser  
                          mayordomo de mí mismo.

*Vanse CARLOS y TEODORO*

ASCANIO:    ¡Don Rodrigo, ya el palacio  
                          esfera de los dos es.  
                          Yo os vendré a buscar después;  
                          que os tengo que hablar despacio.

*Vase ASCANIO. Sale CHINCHILLA*

CHINCHILLA:   ¡Señor de mi corazón!  
                          La priesa que traigo es tanta,  
                          de verte, que no hago poco  
                          en no entrar en esta sala  
                          con mula, freno y cojín.  
                          ¿Es posible que te hallas  
                          sin Chinchilla en el Piamonte?  
                          Pon juntas esas dos patas  
                          en mis labios.

RODRIGO:               ¡Mi Chinchilla!

CHINCHILLA:   Patea aquestas quijadas,

o déjamelas besar.

RODRIGO: Presto volviste de España.

CHINCHILLA: Si estaba sin ti, ¿qué mucho?

Al viento merced y gracias,  
que a la nave en vez de velas,  
le prestó ligeras alas.

¿A qué veniste a Saluzo,  
cuando entendí que te hallara  
en Momblán, y de Clavela  
dueño, con estado y casa?

RODRIGO: Gustos son de la condesa.

CHINCHILLA: Tiene por nombre Dïana,

y hasta en las obras la imita,  
si es que lloras sus mudanzas.

Luego que a Momblán llegué  
y supe que en él no estabas,  
sin aguardar de Clavela  
quejas, ni de amigos cartas  
fié al camino deseos,  
la paciencia a las jornadas,  
la bolsa a las hosterías,  
y a diez postas las lunadas,  
que vienen cual digan dueñas,  
por no decir batanadas,  
y mecidas, sin ser niño,  
las tripas y las entrañas.

RODRIGO: ¿Viste en Madrid a mi hermano?

CHINCHILLA: Tan cercado de mohatras,

cargado de pretensiones  
y enmarañado de trampas,  
que no le dieron lugar  
para hablarme dos palabras.

RODRIGO: ¿No te preguntó por mí?

CHINCHILLA: Casi no.

RODRIGO: ¿Cuál fue le causa?

CHINCHILLA: Reliquias que habrán quedado

de la pendencia pasada,  
y el imaginar que iba  
por tus alimentos.

RODRIGO: Basta.

Excusa tiene, si debe.

CHINCHILLA: Fuera de que en toda España  
tu crédito está perdido.

La culpa tiene tu fama;  
que el castigo del `penséque'  
y ocasión perdida, pasa  
de boca en boca en la corte.  
El `parapoco' te llama.

RODRIGO: ¿Que mis amores se saben  
allá?

CHINCHILLA: Saben que a D'iana  
perdiste y a Oberisel,  
por ser corto y para nada.  
Hizo un diablo de un poeta  
de tu historia o tu desgracia,  
una comedia en Toledo,  
`El castigo,' intitulada,  
`Del penséque', que ha corrido  
por los teatros de España,  
ciudades, villas y aldeas.  
Y aunque ha sido celebrada,  
todos te echan maldiciones,  
porque siendo español hayas  
afrentado a tu nación,  
y con ella la prosapia  
de los Girones; que dicen  
que ninguno de esa casa  
supo perder coyuntura  
en amores ni en hazañas,  
si no eres tú.

RODRIGO: Y dicen bien.

CHINCHILLA: Yo la vi en Guadalajara  
representar a Balvín;  
y en saliendo con sus calzas,  
hecho lacayo Chinchilla,  
subióseme la mostaza  
a las narices, y estuve  
por darle una cuchillada.  
En fin, no hay pensar volver,  
mientras vivas, a tu patria,

si tu `penséque' no enmiendas,  
 porque en ella no te llaman  
 ya don Rodrigo Girón.

RODRIGO: ¿Pues...?

CHINCHILLA: Caballeros y damas,  
 don Rodrigo del Penséque.

RODRIGO: ¡Bueno mi crédito anda!  
 ¿Qué hay en la corte de nuevo?

CHINCHILLA: Muchas cosas, que es contarlas  
 un proceder infinito;  
 mas diréte las que bastan.  
 Hay en la calle Mayor  
 joyerías en qué se halla  
 mucha carne de doncella,  
 y aunque esta vale barata,  
 se vende en cintas.

RODRIGO: Ésa es  
 color, por grave, estimada.

CHINCHILLA: Doncellas que andan en cinta  
 y se venden, tripularlas.  
 Calles que de puro enfermas,  
 por los licores que exhalan  
 sus perfumeras nocturnas,  
 se han abierto, a fuer de damas,  
 fuentes que aumentan sus lodos;  
 porque afrentándose el agua  
 de vivir en arrabales,  
 ya se ha vuelto cortesana  
 una plaza generosa.

RODRIGO: Dime mucho de esa plaza.

CHINCHILLA: Que está, sin ser despensero,  
 a puras sisas medrada.  
 No hay en la corte mujer  
 que peque ya de liviana,  
 porque todas traen firmezas  
 a cuello, si no en el alma.  
 Anda lo azul tan valido,  
 que hubo viejo que esta pascua  
 sacó, por vivir al uso,  
 azul cabellera y barba.

La multitud de los coches,  
 en Egipto fuera plaga,  
 si autoridad en Madrid.  
 No se tiene por honrada  
 mujer que no se cochea;  
 y tan adelante pasa,  
 que una pastelera dicen  
 haber comprado una caja,  
 tirada de dos rocines  
 que traen la harina que gasta,  
 en que sábados y viernes  
 se pasea autorizada;  
 pero en viniendo el domingo,  
 hasta el fin de la semana,  
 trueca el coche por el horno,  
 y el abano por la pala.  
 Los mozos que pastelizan,  
 son cocheros por su tanda;  
 con que nuestra pastelera  
 va, aunque gorda, sancochada.  
 No hay mal que por bien no venga  
 dígolo, porque afrentadas  
 las damas de andar a pie,  
 salen menos de sus casas.  
 Una premática nueva  
 ha salido de importancia,  
 en materia de reforma.

RODRIGO: Eso será, si se guarda.

CHINCHILLA: Mandan que todos los hombres  
 que de cincuenta no pasan,  
 cuando en coches anduvieren,  
 no puedan llevar espadas.

RODRIGO: ¿Por qué?

CHINCHILLA: Danlos por enfermos,  
 y quieren por esta causa,  
 que se entienda andar en coches  
 lo mismo que andar con bandas.  
 Han replicado los mozos  
 que como ha tanto que andan  
 en coches, no tienen uso

de caballos--¡Qué ignorancia!--  
 por lo cual se les concede  
 que por cuatro meses vayan  
 en sillones o en jamugas,  
 excusando que no caigan.  
 Ítem, que todo dolor  
 cure a destajo, y por tasa  
 concierte la enfermedad,  
 sin que pueda cobrar blanca  
 mientras no se levantara  
 el enfermo de la cama  
 sano y bueno; y si muriere,  
 que pague el tal dotor, mandan,  
 la botica y sepultura.

RODRIGO:    ¡Con qué cuidado curaran,  
 a ejecutarse esta ley!  
 ¡Con qué tiento recetaran!

CHINCHILLA:   Ítem, que los sastres corten  
 ropas, vestidos y galas  
 en presencia de su dueño,  
 y que delante de él traigan  
 los aforros, hilo y seda,  
 vivos, pasamanos, franjas,  
 y todo junto lo pesen,  
 porque después de acabada  
 de coser la dicha ropa,  
 por peso vuelvan a darla  
 a su dueño, y con el doblo  
 restituyan lo que falta.

RODRIGO:    No fuera mandato injusto.

CHINCHILLA:   Al menos, si no se guarda,  
 habíase de guardar.  
 Esto es lo que en Madrid pasa,  
 y otras cosas que no cuento.  
 Yo te las diré mañana.

*Sale ASCANIO*

ASCANIO:    ¿Qué hacéis, don Rodrigo, aquí  
 cuando están todas las amas  
 de la marquesa en el parque,

por balcones y ventanas  
 tirando a los gentilhombres  
 de Aurora pellas que abrasan  
 de amores, con ser de nieve?  
 Dejad memorias pasadas;  
 andad acá por mi vida,  
 y entre nieves sepultadas.  
 Veréis a Narcisa hermosa,  
 que de una fuente de plata  
 saca pellas que son negras,  
 puestas en sus manos blancas.

RODRIGO: Como son carnestolendas,  
 y aquí se usa celebrarlas  
 con aplauso y regocijo,  
 por limones y naranjas,  
 de que el Piamonte es estéril  
 tiran pelotas nevadas,  
 esmeriles de hermosuras,  
 que las libertades matan.

ASCANIO: Huevos hay de azar también.

CHINCHILLA: ¿Qué mas azar ni desgracia,  
 que tirar pellas de nieve,  
 que han de resolverse en agua?  
 Si hubiera pellas de vino,  
 yo las sorbiera de chaza;  
 pero ¡de nieve y con huevos  
 sin yemas! ¡Algún sin alma!

ASCANIO: ¿Queréis venir, don Rodrigo?

RODRIGO: Vamos; que entre nieve tanta  
 templaré incendios de amor,  
 ya que la ausencia no basta.

ASCANIO: Aquí hallaréis contrayerba,  
 si fue veneno Diana,  
 que cure vuestra memoria.

*Vanse ASCANIO y don RODRIGO*

CHINCHILLA: Todo es frío en esta casa;  
 lo primero, en cuanto es nieve

su dueño. Aurora se llama,  
 que aun por el verano hiela.  
 Si son gallinas sus damas,  
 huevos ponen; mas son hueros,  
 pues que vienen llenos de agua.  
 ¡Oh botas de San Martín!  
 ¡Oh espuelas de Rivadavia!  
 ¿Quién para pasar el puerto  
 de tanta nieve, os calzara?  
 Que a falta de tal almilla,  
 tiritando llevo el alma.

*Vase. Salen AURORA y NARCISA*

NARCISA: En fin, ¿te parece bien  
 el conde Carlos?  
 AURORA: Agora  
 que la voluntad no ignora  
 lo que los ojos ven,  
 mejor a Carlos recibo.  
 NARCISA: Era tu desdén ingrato.  
 AURORA: Fue amante muerto el retrato;  
 más eficaz es el vivo.  
 La fineza del venir  
 disfrazado, a verme, hermana,  
 a quererle bien me allana.  
 NARCISA: Luego ¿podréle decir  
 que se descubra?  
 AURORA: Es muy presto,  
 pues en nuestra casa está.  
 Mejor, Narcisa, será,  
 ya que en él mi gusto he puesto,  
 fingiendo no conocerle,  
 examinar su afición,  
 inquirir su condición,  
 y entre tauto eutretenerle.  
 NARCISA: En fin, ¿por razón de estado  
 quieres amar?  
 AURORA: Si ha de ser

mi esposo, y yo su mujer,  
 ¿no es mejor que examinado  
 a elegir el alma venga  
 el dueño que ha de adorar,  
 que no por necia llorar,  
 cuando remedio no tenga?

Prueba un caballo primero  
 quien le compra, qué tal sale,  
 con costar, el que mas vale,  
 sólo un poco de dinero;  
 y un marido de por vida,  
 a precio de mil cuidados,  
 ¿quieres tú que a ojos cerrados  
 se entre en casa?

NARCISA:                   Apercebida  
 mujer eres.

AURORA:                   Y es razón  
 que cuando venga a casarme,  
 no tenga de quien quejarme,  
 si no es ya de mi elección.  
 Catorce años en Jacob  
 hizo Raquel experiencia  
 para casarse.

NARCISA:                   Paciencia  
 fue mayor que la de Job.

AURORA:                Y cuerdo su sufrimiento  
 Porque hay tanto que saber  
 de un hombre, que es menester  
 tan largo conocimiento.

Yo sé que en aqueste estado  
 pocas mal casadas vieran,  
 si los maridos tuvieran  
 un año de noviciado.

Pero ¿qué te ha parecido  
 del español?

NARCISA:                   Elección  
 tan digna de la afición  
 que Diana le ha tenido,  
 que no mereció el suceso  
 con que su amor castigó.

AURORA: Bien la condesa eligió.  
Su buen gusto te confieso;  
pero no iguala al de Carlos.

NARCISA: Cualquiera comparación  
es odiosa, y tu afición  
no acertará a compararlos.  
Si va a decir la verdad,  
el haber sabido, hermana,  
que le quiso bien D'iana  
la nobleza y calidad,  
que de su linaje cuentan,  
las hazañas que le abonan,  
los ojos que no perdonan  
ocasiones que atormentan;  
la española bazarria  
que en él por mi daño vi,  
no sé lo que han hecho en mí,  
que no soy la que solía.

AURORA: Di que estás enamorada,  
y acaba.

NARCISA: Más cuerda soy.  
Enamorada no estoy,  
pero...

AURORA: ¿Qué?

NARCISA: Estoyle inclinada.

AURORA: ¿Tan presto?

NARCISA: Amor reina, Aurora,  
y llegando hoy de camino,  
antes la fama previno,  
que fue su aposentadora.

AURORA: ¡Buena excusa!

NARCISA: La que has dado  
para no casarte luego  
con el conde, por mí alego.  
Él, hermana, es tu criado,  
y también lo es don Rodrigo.  
Si el casamiento dilatas  
porque examinarle tratas,  
yo también tus pasos sigo.  
También le examinaré

con prudencia y con secreto.  
 Si es tan cuerdo y tan discreto  
 y cuando tu gusto esté  
     para el conde sazonado,  
 el mío lo vendrá a estar,  
 y nos podemos casar  
 cada cual con su criado.

*Vase NARCISA*

AURORA:       Narcisa ama a don Rodrigo.

¡Oh riguroso poder  
 de la envidia en la mujer!  
 ¡Qué de ello puedes conmigo!  
     Cuando yo le aborreciera,  
 para adorarle bastara  
 que mi hermana le alabara,  
 y conmigo compitiera.

    Al conde empecé a querer,  
 a pesar de mi rigor,  
 siendo efímera su amor,  
 pues que se muere al nacer;  
     y este español que ha venido  
 a despertar mi cuidado,  
 ausente tan alabado,  
 y ya presente, querido,  
     da materia a mis desvelos,  
 y los del conde deshace;  
 que amor de la envidia nace,  
 cuando es hijo de los celos.

    Mas pues despierta a quien duerme  
 y descuidada me avisa  
 de aquesta suerte Narcisa,  
 a su amor he de oponerme  
     poniendo en su curso freno,  
 que sus principios reprima;  
 porque, en fin, en más se estima  
 lo que está en poder ajeno.

*Sale BRIANDA*

BRIANDA: Si se quiere entretener  
 agora, vuestra excelencia,  
 una apacible pendencia  
 en el parque podrá ver  
 desde aquestas celosías,  
 que entre nuestras damas pasa  
 y gentilhombres de casa.  
 Ellas tiran alcancías  
 de nieve, y ellos por dar  
 aromas a los balcones,  
 tiran dorados limones,  
 pomos y huevos de azar.

AURORA: ¿Y está el maestresala entre ellos?

BRIANDA: Sí, señora.

AURORA: (No quisiera Aparte  
 que entre tantas damas viera  
 de alguna los ojos bellos.  
 ¡Que pueda la envidia en mí  
 tanto! ¿Qué es aquesto, cielos?  
 ¿Antes que amor, tengo celos?  
 Mi muerte en este hombre vi.)  
 ¿No podré verlos, Brianda,  
 bien desde mi camarín?

BRIANDA: Su balcón sale al jardín  
 donde están todos.

AURORA: Pues anda,  
 llévame una fuente allá  
 de pellas.

BRIANDA: Yo voy por ellas.

AURORA: Sin que sepan que las pellas  
 son para mí.

BRIANDA: No sabrá  
 ninguno para quien son.

*Vase BRIANDA*

AURORA: De allí los veré encubierta.

Impórtame que divierta  
este hombre; que la ocasión,  
en los ojos poderosa,  
puede en alguna beldad  
ocupar su voluntad,  
y tenerme a mí celosa.

Hombre a quien quiso Diana,  
digno es de estimación.

Si es español y Girón,  
no le merece mi hermana.

Ya sea amor, ya frenesí,  
ya condición de mujer,  
a ninguna ha de querer,  
me ha de querer a mí.

*Vase AURORA. Salen RODRIGO y CHINCHILLA*

RODRIGO: Chinchilla, ¡qué bellas damas  
tiene la marquesa!

CHINCHILLA: Bellas;  
mas hielan con tantas pellas  
el alma.

RODRIGO: De Amor las llamas  
se aumentan con esta nieve.

CHINCHILLA: Si fuera el Amor agora  
de gusto de cantimplora,  
a fuer de señor que bebe  
nieve en verano e invierno,  
el brindis de tu afición  
pudiera hacer la razón;  
que ya te imagino tierno.

Mas yo que lo bebo puro,  
aborrezco amor nevado;  
que ha de estar por fuerza aguado,  
y así excusarle procuro.

RODRIGO: ¿No es Narcisa hermosa dama?

CHINCHILLA: Bien te holgara de pasar  
puesto que ha andado en nevar,

su puerto de Guadarrama.

¿Hubo pellita?

RODRIGO:                   Y en ella  
fuego que el alma traspasa;  
que también la nieve abrasa.  
De alquitrán fue aquella pella,  
no de nieve.

CHINCHILLA:               ¿Ya tenemos  
bobuna? Pues ¿la condesa?

RODRIGO:    Siendo imposible su empresa,  
y la ausencia toda extremos,  
Narcisa ha de ser triaca  
del veneno de su amor.

CHINCHILLA: Bien dices, porque un dolor  
con su contrario se aplaca.  
Si te abrasó su hermosura,  
Narcisa como discreta,  
mientras pellas te receta,  
tu fuego con nieve cura.

RODRIGO:    No hay otra Narcisa en el mundo.

CHINCHILLA: ¿Mas que habemos de tener,  
señor, por esta mujer,  
otro `penséque' segundo?

*Tiran del palacio una pella que da en el sombrero de  
don RODRIGO*

¡Ay!

RODRIGO:               ¿Qué ha sido?

CHINCHILLA:             Pella fue.

RODRIGO:    Derríbame a mí el sombrero,  
¡Y quéjaste, majadero!

CHINCHILLA: De verla venir me helé.  
Abrió esa celosía  
una mano de cristal,  
y a fe que no acierta mal.

RODRIGO:    Un papel dentro venía.  
¿Hay invención semejante?  
Ya tienen alma las pellas.

CHINCHILLA: Preñadas, como doncellas  
al uso, están. No te espante.  
Mas, por Dios, es maravilla  
que esté, hasta la nieve helada,  
en este tiempo preñada.

RODRIGO: ¿Leeré?

CHINCHILLA: Pues.

RODRIGO: Oye, Chinchilla.

*Lee*

*"Cierta dama de palacio, lisonjeada  
por hermosa, y que quiere fiar de vuestro  
buen gusto la certeza de si lo es ó no,  
tiene el suyo puesto en y vos; y por  
inconvenientes que al presente instan,  
importa por ahora no darse a conocer,  
hasta que el tiempo haga alarde de su  
vista, como ahora de su voluntad. No  
dispongáis de la vuestra, que como  
forastera andará buscando posada, hasta  
que sepáis si es a vuestro propósito la  
que tantos pretenden, y vos solo  
merecéis. El cielo os guarde."*

¿Hay mas extraña aventura?

CHINCHILLA: Las tuyas siempre lo son.

RODRIGO: ¿Ya empieza otra confusión?

CHINCHILLA: Ésta, por Dios, que es oscura.

RODRIGO: ¿Si es Narcisa?

CHINCHILLA: Puede ser.

RODRIGO: ¡Ay! ¡Qué dicha, si fuera ella!

CHINCHILLA: Alcahueta hizo una pella;  
mas ¿qué no hará una mujer?

RODRIGO: Apénas de un laberinto  
salgo, ¡y en otro me veo!

CHINCHILLA: Si no eres mejor Teseo  
que en el otro, aunque distinto,  
en aqueste, vive Dios,

que ha de haber segunda parte  
 del `penséque.' Industria y arte  
 nos han de hacer a los dos  
 dichosos. Sirve y pretende,  
 y date por entendido;  
 que mujer ilustre ha sido  
 ésta nuestra dama duende,  
 si crédito hemos de dar  
 al modo con que te escribe.

RODRIGO: Si es Narcisa, ya apercibe  
 el alma centro y lugar,  
 en que como dueño asista.  
 A la condesa he olvidado.

CHINCHILLA: Libranzas Amor te ha dado;  
 mas no son a letra vista,  
 pues a tu dama no ves.

RODRIGO: Habré por fe de querella.

CHINCHILLA: ¡Válgate el diablo por pella!  
 Amante eres piamontés.  
 Aunque no se manifieste,  
 finge amarla, si regala.

*Sale AURORA, y quita a don RODRIGO el papel de las  
 manos*

AURORA: ¿Qué hacéis aquí, maestresala?

RODRIGO: Estoy...

AURORA: ¿Qué papel es éste?

RODRIGO: No sé, por Dios. En el suelo  
 le hallé, y alzándole acaso...

CHINCHILLA: (¡En la trampa al primer paso! Aparte  
 Despedidura recelo.)

AURORA: La letra conozco bien.

*RODRIGO y CHINCHILLA hablan aparte*

RODRIGO: ¿Leele?

CHINCHILLA: ¡Y cómo! ¡Y muy despacio!

*Lee*

AURORA: *"Cierta dama de palacio,  
lisonjeada..."* ¡Oh, qué bien!  
¿De muchos?

CHINCHILLA: Si no te escapas,  
que hay fraterna, es cierta cosa.

*Lee*

AURORA: *"Lisonjeada por hermosa..."*

CHINCHILLA: ¡Al primer tapón zurrapas!

RODRIGO: ¿Hay igual desgracia?

*Lee*

AURORA: *"Quiere  
fiar de vuestro buen gusto..."*

CHINCHILLA: Amor que empieza por susto,  
bueno va. Si no se muere,  
nos envía a los dos  
a Alón.

RODRIGO: ¿Quieres callar, necio?

CHINCHILLA: Ya lee paso, ya recio.

*Lee*

AURORA: *"Tiene el suyo puesto en vos..."*

¡Qué dama tan de repente!

CHINCHILLA: Para copla no era mala.

¡Por Dios, señor maestresala,  
que se te arruga la frente!

Algún sin alma que aguarde  
lo que esperamos los dos.

*Lee*

AURORA: *"Tantos pretenden, y vos merecéis. El cielo os guarde."*

Esta casa, don Rodrigo,  
está poco acostumbrada  
a libertades, criada  
toda su gente conmigo.

No es Saluzo Oberisel.  
Escarmentad; que por Dios,  
que otra vez haga de vos  
lo que de aqueste papel.

*Rásgale*

CHINCHILLA: (¡Zape!)                      Aparte

AURORA:                      Andad. (Bueno va así,      Aparte  
que si en ser curioso da,  
por lo menos no sabrá  
que soy yo quien le escribí.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO

---

*Sale ASCANIO*

ASCANIO: Amor, vuestro absoluto y real respeto  
de conde de Monreal, me ha transformado  
en secretario: de señor, criado.

Vuestro fuego es la causa, yo el efecto.

En la contemplación de tal objeto,  
secretario me hiciera mi cuidado  
de mí mismo, si no hubieran llegado  
a profanar los cielos mi secreto.

Mira Narcisa apasionadamente  
a don Rodrigo, para darme enojos,  
y en vano, siendo así, callar presumo

Es mina Amor, y es fuerza que reviente  
cuando no por la boca, por los ojos,  
él convertido en fuego, ellos en humo.

*Salen AURORA y NARCISA, hablando con su hermana sin  
ver a ASCANIO*

NARCISA: Anda, hermana; que estás ya  
demasiada.

AURORA: Yo digo  
la verdad.

NARCISA: Si don Rodrigo  
a mi amor materia da,  
¿qué pierdo en quererlo?

AURORA: Mucho.

ASCANIO: (Basta, que vienen las dos      Aparte  
tratando del ciego dios.

¿Esto veo? ¿Aquesto escucho?  
 Desiguales competencias,  
 Narcisa se ha declarado.  
 El español es amado;  
 no hay que hacer más experiencias.  
 Caballero es don Rodrigo.  
 Voy a probar su valor,  
 y si puede en él amor  
 más que la lealtad de amigo.)

*Vase ASCANIO*

NARCISA: Don Rodrigo es principal,  
 y es Girón, que le engrandece.  
 Ya sabes tú que ennoblece  
 su casa con sangre real.  
 ¿Qué defeto hallas en él,  
 sabiendo que quiso, hermana,  
 su esposo hacerle D'iana,  
 condesa de Oberisel?

AURORA: Es extranjero.

NARCISA: ¿Qué importa?  
 Nunca las personas reales  
 se casan con naturales.

AURORA: De ejemplos, Narcisa, acorta;  
 que esposo te dan los cielos  
 de más valor e importancia.  
 Yo intento casarme en Francia,  
 y has de imitarme.

NARCISA: ¿Son celos,  
 por tu vida?

AURORA: ¿Yo? ¿De quién?

NARCISA: Del español que procuras  
 desacreditar.

AURORA: ¡Locuras!

NARCISA: Yo sé que le quieres bien.

AURORA: Desterrarle he de mi estado,  
 si con tan bajas quimeras,  
 en ese error perseveras.

NARCISA:     ¿Luego al conde has olvidado  
                  de Borgoña, mayordomo  
                  de tu casa y voluntad?

AURORA:     Hombre de más calidad  
                  ha de ser mi esposo.

NARCISA:                     ¿Cómo?

AURORA:     Pretende monsiur de Guisa  
                  darme el alma con la mano,  
                  y Federico, su hermano,  
                  intenta también, Narcisa,  
                  ser tu esposo. Porque veas  
                  cuán diversos pensamientos  
                  solicitan tus intentos,  
                  las cartas quiero que leas  
                  que los dos nos han escrito  
                  en orden a esto.

NARCISA:                     (Envidiosa     Aparte  
                  de la suerte venturosa  
                  con que mi amor solicito  
                  con don Rodrigo, pretende  
                  divertirme de él Aurora;  
                  pero engañaréla agora.)

AURORA:     ¿Qué respondes?

NARCISA:                     Que me ofende  
                  tu mudable condición;  
                  ¿A Carlos no te inclinabas,  
                  cuando vino, y ponderabas  
                  su buen talle y discreción?  
                  Pues ¿quién te mudó tan presto,  
                  que el de Guisa te aficiona?

AURORA:     La fama que lo pregona,  
                  en tal opinión ha puesto  
                  al duque de Guisa, hermana,  
                  que le quiero bien. Duquesa  
                  vengo a ser, si soy marquesa.  
                  Ya ves lo mucho que gana  
                  nuestra casa, y el valor  
                  que a su sangre corresponde,  
                  lo que va de un duque a un conde  
                  y cuál me estará mejor.

NARCISA:       ¿Al conde olvidas?

AURORA:               Pues bien,  
                          ¿qué quieres decir en eso?

NARCISA:    Pues la verdad te confieso,  
                  si ya no le quieres bien.  
                  ¡Cuánto mejor te estará,  
                  si eres duquesa de Guisa,  
                  el ver condesa a Narcisa  
                  de Borgoña!

AURORA:       ¿Cómo?

NARCISA:       Ya  
                  puedo declarar contigo  
                  mis amorosos desvelos.  
                  Por no dar causa a tus celos  
                  fingí amar a don Rodrigo,  
                  siendo el conde de Borgoña  
                  quien mi amor tiranizó,  
                  desde que el alma bebió  
                  por los ojos su ponzoña;  
                  mas pues este estorbo cesa,  
                  según tu elección me avisa,  
                  y casándote tú en Guisa,  
                  me puedes hacer condesa,  
                  déjame a Carlos, Aurora,  
                  y deberéte este estado;  
                  que yo he visto en su cuidado  
                  que te olvida y que me adora.

AURORA:       Si yo a quien soy no mirara,  
                  te cerrara, necia, loca,  
                  con un candado la boca,  
                  y la lengua te cortara.

                  ¿Tú tienes atrevimiento  
                  tan soberbio y licencioso,  
                  que a quien me da por esposo  
                  de mi padre el testamento,  
                  oses mirar?

NARCISA:       ¿Ya me alegas  
                  testamentos? Buena estás  
                  si al duque elegido has,  
                  y a su amor el alma entregas,

no sé por dónde ni cómo  
de mí puedas agraviarte.

AURORA: ¿Tú conmigo has de igualarte?

NARCISA: ¿Es mucho que a un mayordomo  
pretenda, cuando tú cobras  
a un duque?

AURORA: No lo verás.

NARCISA: Si como a menor me das  
alimentos de tus sobras,  
¿en qué te igualo? ¿No dejas  
a Carlos?

AURORA: ¿Yo?

NARCISA: Ahora acabas  
de afirmar que al duque amabas,  
y que olvide me aconsejas  
por su hermano a don Rodrigo.

AURORA: Mis sospechas lo fingieron,  
porque en tus intentos vieron  
la traición que usas conmigo;  
que ni el de Guisa me ha escrito,  
ni otra sino yo ha de ser  
del conde Carlos mujer.

NARCISA: Pues ya, hermana, no compito  
contigo. Satisfacerte  
de mi buen gusto podrás,  
si a don Rodrigo me das,  
pues quedo de aquesta suerte  
yo casada y tú contenta,  
y a España me partiré.

AURORA: Los ojos te sacaré  
primero que tal consienta.

NARCISA: Si no hay Federico ya,  
y tú al conde Carlos quieres,  
cuando al español me dieres,  
¿qué hay perdido?

AURORA: No tendrá  
tan mal gusto don Rodrigo,  
si a Dïana quiso bien  
que satisfechos estén  
sus pensamientos contigo.

NARCISA: Si no estriba más que en eso  
la causa de tus enojos,  
ya me han dicho a mí sus ojos  
que mi amor le quita el seso.

AURORA: ¿Tú a don Rodrigo?

NARCISA: Trinchando,  
en verme se divirtió  
hoy, y un dedo se cortó,  
y aun yo le oí suspirando  
decir entre llanto y risa,  
baja la voz y compuesta,  
"Amor que sangre me cuesta  
compasión dará a Narcisa."  
Yo entonces tomé la presa  
que tanto mal vino a hacer,  
y un lienzo dejé caer  
a sus pies junto a la mesa,  
que creyendo ser Brianda  
suyo, en viéndole, le alzó;  
y dándosele, esmaltó  
su noble sangre en mi holanda.  
Mira en esto lo que infieres  
y si el ser mi esposo es llano,  
pues yendo el lienzo a su mano,  
me he casado por poderes.

AURORA: Cortaréte yo la tuya,  
y saldrá tu industria vana.

NARCISA: Pues acabemos, hermana,  
y este pleito se concluya,  
que estás terrible conmigo,  
y tengas gusto o pesar,  
yo me tengo de casar  
con Carlos, o don Rodrigo.

*Vase NARCISA*

AURORA: ¿Qué mudanzas, decid, envidia mía,  
son éstas, que a mi amor hacen Proteo?  
¿Cuándo os pensáis quietar, loco deseo,

que amáis, no la elección, mas la porfía?

Al conde quiero ya que aborrecía;  
 porque Narclsa pone en él su empleo,  
 al español me inclino porque veo  
 que en ella amor, y celos en mí cría.

Sombra soy de mi hermana. A cualquier parte  
 que va su voluntad, doy en seguilla;  
 y sin amar, amor me da desvelos.

Mas si su hacienda entre las dos reparte  
 mi padre aun hasta aquí, ¿qué maravilla  
 que ella herede el amor y yo los celos?

*Sale don RODRIGO, con un lienzo atado de la mano  
 izquierda*

RODRIGO: ¿Qué manda vuestra excelencia?

AURORA: Mucho debéis, don Rodrigo,  
 pues no hago en vos un castigo  
 ejemplar, a mi paciencia.

Agradeced a mi prima  
 y al amor que os ha tenido...

RODRIGO: No sé en qué os haya ofendido.

AURORA: Que a no saber en la estima  
 que con ella habéis estado,  
 no excusara la ocasión  
 que dais a mi indignación.

RODRIGO: Pues yo ¿en qué..!

AURORA: ¿No os he avisado  
 que las damas de mi casa  
 las pretensiones no admiten  
 que los palacios permiten,  
 cuando el uso por ley pasa?

RODRIGO: Pues ¿en qué, señora, excedo  
 a lo que vos me mandastes?

AURORA: ¡Lindamente os enmendastes!

Agradecéroslo puedo.

Basta, que contra la fama  
 que en esta casa ofendéis,  
 dais en galán y tenéis

dentro en mi palacio dama.

RODRIGO: ¿Dama yo?

AURORA: Pues os escribe  
y os correspondéis los dos,  
siendo cortesano vos,  
¿quién duda que no recibe  
de sus papeles respuesta?

RODRIGO: [De quien puede ser, no sé.]  
El que aquella tarde hallé,  
que haciendo en el parque fiesta  
a vuestras damas, la nieve  
me tiraron, y leí;  
mas ni al dueño conocí,  
ni habrá quien contra mí pruebe  
que después que vuecencia  
sin culpa me reprendió,  
haya pretendido yo  
con alguna diligencia  
saber quién la dama ha sido;  
de que estoy tan ignorante,  
cuan libre de ser su amante.

AURORA: Buena excusa habéis fingido,  
pues si acabo de cogella  
este segundo papel,  
¿podéis excusar en él  
el aviso de la pella?

RODRIGO: ¡Segundo papel a mí,  
gran señora!

AURORA: Tomad, vedle.  
Si no me creéis, leedle,  
que agora se le cogí;  
y si con él no os convenzo,  
y responder no podéis,  
pues que cortado os habéis,  
la mano, enviadla el lienzo.  
Mas bien podréis; que no ha sido  
la derecha la cortada;  
que ésa estará reservada,  
para ser agradecido.

RODRIGO: Si conozco a esa mujer,

si la he visto, si la he hablado,  
 un traidor disimulado  
 me mate, y no llegue a ver  
     mi patria; de mí murmure  
 el que más mi amigo fuere;  
 los estudios que escribiere  
 un idiota los conjure;  
     el que anduviere conmigo,  
 cuando esté ausente, me ofenda;  
 pleitee, sirva, pretenda...

AURORA:     Leed, leed, don Rodrigo.

RODRIGO:     Pues vos me lo mandáis, leo;  
 puesto que a creer me incita  
 que vive en la ley escrita  
 quien me escribe y nunca veo.

*Lee*

*"Don Rodrigo, Amor os llama  
 'para poco,' pues no os mueve  
 un papel que envuelto en nieve,  
 disfrazó en ella su llama.  
 Buscad curioso la dama  
 que, descuidado o cobarde,  
 os busea y manda que aguarde  
 Amor, niño invencionero,  
 a una reja del terrero  
 esta noche. El cielo os guarde."*

De aquí puede colegir,  
 señora, vuestra excelencia  
 mi descuido y negligencia,  
 y si he intentado salir  
     del límite que me puso  
 en el primero papel.

AURORA:     La que os muestra amor en él  
 y agora os tiene confuso,  
     es mi sangre, tan hermosa,  
 que no es mucho si la veis,

que la condesa olvidéis  
 por ella. Ha de ser esposa  
 de un ilustre potentado,  
 con quien casarla pretendo;  
 y así del amor me ofendo  
 que os muestra y he castigado.

Cuando la cogí el papel.  
 de tal suerte la reñí,  
 que temerosa de mí,  
 os quisiera dar en él  
 veneno. Hame prometido  
 de olvidar vuestra afición,  
 y por aquesta ocasión,  
 a mostrárosla he venido.

No vais, Rodrigo, al terrero  
 esta noche, ni ofendáis  
 su secreto, si os preciáis  
 de leal y caballero;  
 porque si os ve diligente  
 en averiguar quién es,  
 será difícil después  
 lo que agora fácilmente  
 se remediará en los dos.

RODRIGO: Digo que sea así, madama.

AURORA: Lo que no se ve, no se ama.

Yo sé que si la veis vos,  
 no ha de ser después posible  
 el dejarla de querer.

RODRIGO: (¡Válgate Dios por mujer, Aparte  
 cuanto alabada, invisible!)

AURORA: Dadme ese lienzo que es suyo.

RODRIGO: Está sangriento, señora.

AURORA: Haréle quemar agora;  
 que así principios destruyo  
 que puedan dar ocasión  
 a que yo viva ofendida.

Mostrad. ¿Es algo la herida?

RODRIGO: No, señora.

AURORA: Este listón,  
 en vez del lienzo os atad.

*Dale uno*

RODRIGO: ¡Tanto favor!

AURORA: No es favor

ocasionado de amor,  
sino de necesidad.

Mirad que me prometéis  
de no salir al terrero  
esta noche.

RODRIGO: Solo quiero  
daros gusto.

AURORA: Acertaréis.

RODRIGO: No intento más que serviros.

AURORA: (¡Ay sangre, que poco a poco  
me abrasáis! Pues que ya os toco,  
¿quién bastará a resistiros?  
Ni ¿cómo tendré sosiego,  
si cuando el alma os conserve,  
la sangre sin fuego hierva,  
y hoy venís a sangre y fuego?)

*Vase AURORA. sale CHINCHILLA*

CHINCHILLA: ¿Esta casa está encantada?

Vive Dios, que es en Saluzo  
de casta, Amor, de lechuzo.

RODRIGO: ¿Qué es eso?

CHINCHILLA: ¡Oh, señor! No es nada.

Acá nos lo habemos yo  
y una dama piamontés,  
que al conde Partinuplés  
a escuras encantusó.

RODRIGO: ¿Díceslo por mí?

CHINCHILLA: Y por todos

los pecadores, amén.

Amante soy yo también.

Los mismos pasos y modos

de tus confusiones sigo,  
 porque de una misma traza  
 vayan la mona y la maza.

RODRIGO: ¿Estás loco?

CHINCHILLA: Verdad digo.

Sin ti, y entre cuatro dueñas...  
 ¡Mira con quién y sin quién!  
 ...y tres doncellas también...  
 digo doncellas por señas  
 que en lo demás no me meto,  
 ...en la antecámara estaba,  
 y con ellas conversaba,  
 más compuesto que un soneto...

Mira si en amar te imito.

RODRIGO: ¡Ay Chinchilla, si supieras  
 mi confusión!

CHINCHILLA: ¿Hay quimeras  
 nuevas?

RODRIGO: Otra vez me ha escrito  
 mi encubierta dama.

CHINCHILLA: ¿Agora?

RODRIGO: Y me espera en el terrero  
 esta noche.

CHINCHILLA: ¿Por febrero?  
 Gatuno es tu amor.

RODRIGO: Aurora  
 le cogió el papel, y airada,  
 leyéndole, me obligó  
 a no amarla.

CHINCHILLA: ¿Cómo no?

RODRIGO: Dice que está concertada  
 con un potentado.

CHINCHILLA: ¡Bien!  
 ¿Y descubrióte quién era?

RODRIGO: ¡Dichoso yo, si eso hiciera!  
 Hame mandado también  
 que ni saber solicite  
 quién es y, aunque viva en duda,  
 ni que aquesta noche acuda  
 al terrero.

CHINCHILLA: A tal envite,  
nada harás en no querer.

RODRIGO: Mandómela tan hermosa  
y dice es difícil cosa  
oyéndola, no la querer.  
¡Si está con ella celosa,  
según me lo afirmó aquí!

CHINCHILLA: Celosa de ella o de tí?

RODRIGO: Es cosa dificultosa;  
que no la vea me avisa.

CHINCHILLA: ¡Válgame Dios! ¿Quién será?

RODRIGO: Por las señas que me da  
yo sospecho que es Nareisa.

CHINCHILLA: De esa estoy yo sospechoso.

*Sale ASCANIO*

ASCANIO: Don Rodrigo, de vos vengo  
muy sentido, y sé que tengo  
ocasión de estar quejoso.

RODRIGO: Declarad aquesa enigma;  
que todos habláis aquí  
misterios.

ASCANIO: Desde que os vi,  
os he tenido en la estima  
que vuestro valor merece.

RODRIGO: Y yo obligado os estoy.

ASCANIO: Pero el no saber quién soy,  
justa disculpa os ofrece.  
Oíd aparte.

*Sepáranse de CHINCHILLA, ASCANIO y don  
RODRIGO*

Monreal  
por su conde me respeta;  
y Amor, que cetros sujeta  
y al oro iguala el sayal,

le enamoró de Narcisa  
de la suerte que sabéis,  
pues en su casa me veis  
sirviendo.

*Llegándose a los dos*  
*CHINCHILLA*

CHINCHILLA:           Cuéntelo aprisa;  
                          que es ya de noche, y tenemos  
                          mucho que hacer.

*Retírase*

ASCANIO:               Competencias  
                          que entre nuestras acendencias  
                          pasaron a los extremos  
                          de bandos y enemistades,  
                          me han quitado la esperanza  
                          con que el matrimonio alcanza  
                          dulce unión de voluntades.  
                          Amor, por esta razón,  
                          manda que en su casa viva  
                          secretario, donde escriba  
                          sus tormentos mi pasión,  
                          y como los celos ven  
                          cosas que les dan enojos,  
                          daisme a entender en los ojos  
                          que Narcisa os quiere bien.  
                          Aquesto es verdad, por Dios.

RODRIGO:           ¿Qué es lo que decís?

ASCANIO:               Yo digo  
                          lo que he visto, don Rodrigo.  
                          No ha media hora que a las dos,  
                          digo a Aurora con su hermana,  
                          vi riñendo, y que decía  
                          que de vuestra gallardía,  
                          digna elección de Diana,

vuestro valor y nobleza,  
tan enamorada estaba,  
que haceros dueño intentaba  
del oro de su belleza.

RODRIGO:       (¡Gracias a Dios, que he sacado       Aparte  
en limpio este borrador!)

ASCANIO:       ¡Mirad qué tal es su amor,  
y si me habéis agraviado  
sin culpa, aunque desde agora  
podré quejarme de vos!

RODRIGO:       Ni yo la he hablado, por Dios,  
hasta aquí, ni de señora  
madama entendí jamás,  
que Narcisa se mudara;  
mas pues así se declara  
fiad, conde, desde hoy más,  
que no halléis en mí ocasión  
de sospecha ni de celos.

ASCANIO:       Han guarnecido los cielos,  
amigo, vuestro Girón  
del oro mas acendrado  
que apuró la cortesía.  
Ya sabéis la historia mía;  
y en esa fe confiado,  
fío mi dicha de vos.  
Sois generoso y discreto;  
no agraviéis mi secreto,  
ni nuestra amistad. Adios.

*Vase ASCANIO*

CHINCHILLA:   ¿Qué tenemos?

RODRIGO:       De hoy comience  
mi dicha con claridad;  
que en cosas de voluntad,  
lo cierto es, viva quien vence.

CHINCHILLA:   ¿No me dirás lo que ha habido?

RODRIGO:       Lo cierto es que soy amado  
de Narcisa, y que el cuidado

de mi amor pagado ha sido.

No me preguntes más.

CHINCHILLA:                   Quiero,  
como tú contento estés,  
y no lloremos después.  
¿Habemos de ir al terrero?

RODRIGO:           ¿Eso dudas?

CHINCHILLA:           Noche es ya.

RODRIGO:    Prevenme espada y rodela.

CHINCHILLA:  Yo seré tu centinela;  
pero Aurora ¿qué dirá?

RODRIGO:    Lo que quisiere, y también  
Ascanio, si me condena;  
que por pretensión ajena  
no he de dejar a mi bien.

*Vanse los dos. Sale AURORA a una  
ventana*

AURORA:       Si siempre la privación  
fue aumento del apetito,  
y que aquí venga limito  
a don Rodrigo Giron,  
no perderá la ocasión,  
que con los estorbos crece  
e imposibles apetece;  
pues con Amor, donde anima,  
lo difícil tiene estima,  
y lo fácil desmerece.  
Ya, envidia, os habéis trocado  
por otro afecto mayor.  
Envidia, ya sois amor  
verdadero y declarado.  
Harto caro os ha costado,  
pues sabéis, alma rendida,  
que él dio sangre, y vos la herida;  
mas pues sangre le costáis,  
nadie diga que no vais,  
por lo menos, bien vendida.

*Salen RODRIGO y CHINCHILLA*

CHINCHILLA: ¡Cuerpo de Dios con la noche!

RODRIGO: ¡Brava oscuridad, Chinchilla!

CHINCHILLA: Para ensartar abalorios,  
o afeitar barbas, es linda.

RODRIGO: ¿Si habrá venido al terrero  
esta nuestra dama en cifra,  
por quien ando más confuso  
que un poeta academista?

AURORA: Ce, ¿es don Rodrigo?

CHINCHILLA: Con "ce"  
desde aquellas celosías  
te llama una dama trasgo;  
celos temo que te pida.

AURORA: ¿Sois vos español?

RODRIGO: No sé  
si soy yo, señora mía,  
o si mi amor encantado  
me ha trasformado en vos misma.  
¡Qué de ello que me costáis!

AURORA: Pues yo ¡qué os cuestó?

RODRIGO: Dos riñas  
de Aurora, sin conoceros.

AURORA: Lo más caro, en más se estima.  
¿Estáis muy enamorado?

RODRIGO: Puesto que lo estoy de oídas,  
si la que imagino sois,  
el alma os tengo rendida;  
aunque si de los favores  
que me hacéis, es bien colija  
sus efectos mi esperanza,  
todas paran en desdichas.

AURORA: ¿Por qué?

RODRIGO: El primero es de nieve  
juzgad, cuando amor se cría  
entre llamas, si será  
posible que helado viva.

AURORA: Con amor, la nieve abrasa,  
y sin él, el fuego enfría.  
No amáis, si la nieve os hiela.

RODRIGO: Todo aqueso es tropelía.  
Escribíme que queréis  
saber si os miente el que os pinta  
tan hermosa. y que yo sea  
jüez que el pleito difina  
y sabiendo que ha de ser  
el proceso vuestra vista,  
no os viendo, ¿de qué manera  
os he de guardar justicia?

AURORA: Hay tantos impedimentos  
en casa, y puede la envidia,  
que de vos algunos tienen,  
tanto...

RODRIGO: ¿De mí?

AURORA: Que me obliga  
a que de vos me recate.

RODRIGO: ¿De qué suerte?

AURORA: Me castigan  
porque ayer os escribí  
otro papel.

RODRIGO: ¿Quién podía  
por eso a vos castigaros?

AURORA: Quien os recela, y os mira  
con pasión, y es poderosa.

RODRIGO: ¿Es la marquesa?

AURORA: ¿Y no es digna  
de vuestro amor la marquesa?

RODRIGO: Es su hermosura divina;  
mas dicen que adora a Carlos.

AURORA: No sé en eso lo que os diga;  
pero sé de que le pesa  
que os pretenda y que os escriba.

RODRIGO: Y vos proseguís, señora,  
estos amores tan tibia,  
que cuando con imposibles  
de verdaderos se animan,  
juráis de olvidarme.

AURORA:                   ¿Yo?  
 RODRIGO:    La marquesa así lo afirma.  
 AURORA:    ¿Y no mienten las marquesas?  
 RODRIGO:    No ignoro yo que hay mentiras  
               en las cortes, tituladas,  
               mercedes y señorías;  
               mas de Aurora no lo creo.

*Sale ASCANIO, sin ver a nadie*

ASCANIO:    Celos, como sois espías,  
               al desengaño esta noche  
               servid de postas perdidas.

*Salen CARLOS, sin ver a nadie, y*

*TEODORO*

CARLOS:    Yo he de averiguar agora  
               lo que no puede día,  
               y saber si a la marquesa  
               otro amante desatina.

TEODORO:    ¿No te asegura su hermana?

CARLOS:    Mis recelos imaginan  
               que en otra parte se abrasa  
               quien conmigo está remisa.

CHINCHILLA: (De dos en dos van viniendo    Aparte  
               o rondantes o estantiguas  
               de palacio. Hacedos allá  
               o hacedme lugar, esquina.)

RODRIGO:    En fin vos me queréis bien;  
               pero mi amor no os obliga  
               a que me digáis quién sois.

AURORA:    Recelo, cuando os lo diga,  
               que me aborrezcáis por fea.

RODRIGO:    Eso no; que os apadrina  
               de la marquesa el abono,  
               pues de suerte os acredita  
               en discreción y belleza,  
               gracia, sazón, bizarría,  
               que tiene por imposible

que la libertad no os rinda  
si os veo.

*CARLOS habla aparte con TEODORO*

CARLOS:               ¿Qué te parece,  
Teodoro? ¡Si se confirman  
mis sospechas, con la noche,  
tercera de estas visitas!  
Agora importa saber  
quién son los que solicitan  
hipócritas voluntades,  
disimuladas de día.

TEODORO:    No es la marquesa, a lo menos.

CARLOS:    Mucho de una mujer fías,  
ocasionada por moza,  
y peligrosa por rica.

ASCANIO:    (Un hombre habla en el terrero,   Aparte  
y una dama desde arriba.  
Acrecentando sospechas  
mi esperanza desanima.  
¡Válgame Dios! ¿Quién será?)

RODRIGO:    Por más que el recato finja  
con que de mi os encubris,  
¡por Dios, que estáis conocida!

AURORA:    ¿Pues quién soy?

RODRIGO:               Si me juráis,  
como la verdad os diga,  
no negarla, os lo diré.

AURORA:    Confesarélo, por vida  
de la cosa que mas quiero.

RODRIGO:    Pues digo que sois Narcisa.

ASCANIO:    (¡Ay cielo! ¿Qué es lo que escucho?   Aparte  
¡Ay, alma, siempre adivina!)

AURORA:    ¡Jesús! ¡Qué lejos que dais  
del blanco!

RODRIGO:               Es ciego el que tira;  
pero yo sé que lo acierto.

AURORA:    ¿Pues qué ocasión os, obliga

a creer tal disparate?

RODRIGO: Amor, cuya monarquía  
mis cortos merecimientos  
a vuestro valor sublima.

AURORA: Pues ¿quiéneos Narcisa a vos?

RODRIGO: Y de suerte, que ofendida  
la marquesa, o envidiosa  
de que papeles me escriba,  
hoy ha reñido con ella.  
Acabad, señora mía,  
que quien oyó la pendencia  
lo que me quiere me avisa.

ASCANIO: (Esto es hecho; el español      Aparte  
es éste. Lo que temía,  
averigüé. ¡Qué indiscreto  
es quien de extranjeros fía!)

RODRIGO: Confesadme que sois vos.

AURORA: ¿He de confesar mentiras?

RODRIGO: Vuestra vida habéis jurado.

AURORA: No lo soy, por vida mía;  
que Narcisa quiere al conde.

RODRIGO: ¿Qué conde es éste?

AURORA: Aquí habita  
cierto conde disfrazado,  
a quien amorosa mira  
la dama que os desvanece.

ASCANIO: (Yo soy ése. No hay quien viva      Aparte  
conde en casa, sino yo.)

*CARLOS habla aparte a TEODORO*

CARLOS: ¿Mas si me amase Narcisa,  
viendo que estoy en su casa,  
Teodoro, como éste afirma?

RODRIGO: Díjome que érades vos  
su sangre.

AURORA: ¿Pues no podía,  
en fe de aquesa verdad,  
ser yo la marquesa misma?

CARLOS: Teodoro, ¿no escuchas esto?

TEODORO: Bien puede ser que se finja  
la que no es. Escucha y calla.

RODRIGO: La marquesa es prenda digna  
del amor del conde Carlos.

AURORA: ¿Y si fuese yo la misma,  
pesáraos de que os amara?

RODRIGO: No es mi estrella tan benigna  
que tal ventura merezca;  
puesto que yo a una cinta,  
que coronando esperanzas,  
dio salud a cierta herida.

AURORA: Pues tampoco soy Aurora,  
porque ésa a Carlos dedica  
la libertad, que a su fama  
ha tanto que está ofrecida.

CARLOS: ¡Eso sí, locos deseos!

TEODORO: ¡Cuál estabas ya!

CARLOS: Sin vida,  
sin seso, sin esperanza.

RODRIGO: ¿Quién sois, pues?

AURORA: Soy de dos primas  
que en palacio tiene, una.  
Entre Sirena y Arminda,  
¿cuál os parece mejor?

RODRIGO: ¿Qué sé yo?

ASCANIO: (Si no es Narcisa      Aparte  
la misma que estoy oyendo,  
y las esperanzas mías  
saben que es de un conde amante,  
disfrazado por servirla,  
¿qué tengo más que esperar?  
Si mi ventura averigua  
su seguridad mañana,  
yo, Amor, os prometo albricias.

*Vase ASCANIO*

CARLOS: Teodoro, yo he de saber,

primero que se despidan,  
 quien son los que me atormentan,  
 aunque me cueste la vida.

Ven y calla.

TEODORO: Callo y voy.

*Vanse CARLOS y TEODORO*

RODRIGO: Pues ni ruegos ni porfías  
 bastan con vos, vive el cielo,  
 que he de volverme a Castilla.  
 Adiós, oscura señora.

AURORA: Escuchad.

RODRIGO: Vamos, Chinchilla.

AURORA: Esperad un poco.

CHINCHILLA: Esperen  
 los judíos su mesías.

RODRIGO: Si no me decís quién sois,  
 perdonad; que martirizan  
 tantas tinieblas a un alma.

AURORA: Esperad, pues, que os lo diga.

RODRIGO: Ya espero.

AURORA: La que mañana  
 cuando Aurora salga a misa  
 con sus damas, como suele,  
 al entrar de mi capilla  
 tropezase, yendo vos  
 a tenerla, y con fingida  
 industria os dejare un guante,  
 ésa es la que os desatina.  
 Y con esto, adiós.

*Retírase AURORA de la ventana*

CHINCHILLA: Metióse.

RODRIGO: Alto; ello va por enigmas.

¡Paciencia! ¿Qué dices de esto?

CHINCHILLA: ¿Qué diablos quieres que diga?

RODRIGO: ¿Tienes ganas de acostarte?

CHINCHILLA: No será con las gallinas;  
mas con los mochuelos sí.

RODRIGO: ¡Oh si el sol se diese prisa  
para echar ya confusiones  
a una parte!

CHINCHILLA: ¡Oh si una silla  
te echase Amor, con su freno!

RODRIGO: Anda, necio.

*Vase don RODRIGO, y por una reja baja se asoma  
BRIANDA y coge de la capa a CHINCHILLA*

BRIANDA: ¡Ce, ah Chinchilla!

CHINCHILLA: ¿Ah Chinchilla, y a estas horas?

BRIANDA: No te vayas.

CHINCHILLA: ¿Quién me tira?

BRIANDA: Quien te adora.

CHINCHILLA: ¿A mi adorar?

¿Estoy en la platería?

BRIANDA: Sosiégate.

CHINCHILLA: ¿Pues quién eres,  
alma o cuerpo?

BRIANDA: ¿Ya te olvidas  
de la dama que esta noche  
te ofreció a oscuras la vida,  
y te tomó de la mano?

CHINCHILLA: Di lo que quieres, aprisa.

BRIANDA: Que me quieras.

CHINCHILLA: ¿Eres dueña,  
o doncella? ¿Vieja o niña?  
¿Blanca, negra, moza o ama.  
hija, madre, grande o chica?

BRIANDA: Soy tamaña, que pudieran  
traerme al cuello por higa  
si el cristal fuera azabache.

CHINCHILLA: Serás dama cristalina.  
¿Llámaste?

BRIANDA: Con "bri" comienza

mi nombre, y su "don" encima.

CHINCHILLA: ¿"Don" con "bri"? Doña Bribona,  
si ya no eres doña Brizna,  
doña Brígida.

BRIANDA: Tampoco.

CHINCHILLA: ¿Estás en la letanía,  
o en el *libera nos, Domine?*

BRIANDA: No hay saberlo, aunque porfías  
mientras no me prometieres  
ser mi marido.

CHINCHILLA: (¡A tu tía!) Aparte  
¿Al matrimonio te acoges?  
¿No son primero las vistas?

BRIANDA: Yo sé que no te arrepientas.

CHINCHILLA: Ahora bien, para que diga  
de sí o no, dame esa mano.

BRIANDA: De esposa os la doy.

CHINCHILLA: ¡Qué fría!  
¡Qué flaca, y qué floja está!  
Y en fin, para ser Francisca,  
¡qué de nudos de cordón  
traen los dedos por sortijas!  
¡Vive el cielo, que parecen  
manejo de disciplinas  
o espárragos de Portillo,  
si no son de cañafístola!

BRIANDA: No hagas caso de las manos;  
que aunque me desacreditan,  
lo demás es de manteca.  
Toca la fisonomía.

CHINCHILLA: Cariredonda pareces.

BRIANDA: ¿Pues es malo?

CHINCHILLA: En redondillas  
me enamoras, vive Dios.

*Le tienta los anteojos*

¡Ay!

BRIANDA: ¿Qué ha sido?

CHINCHILLA: ¡Antojadiza!

BRIANDA: Tráigolos, por el sereno,  
de noche.

CHINCHILLA: ¿Y te melindrizas?  
¡Bueno! ¿Son negros, o zarcos?

BRIANDA: Negros.

CHINCHILLA: ¿Mucho?

BRIANDA: Como endrinas.

CHINCHILLA: Pues serán espadas negras;  
que por ser amor esgrima,  
se ha puesto, por no lisiarme,  
antojos por zapatillas.

BRIANDA: ¿Qué buscas?

CHINCHILLA: Lo que no hallo,  
la narigación.

BRIANDA: ¿No atinas  
con ellas?

CHINCHILLA: No.

BRIANDA: Aquéstas son.

CHINCHILLA: ¿Éstas romas?

BRIANDA: ¿Qué querías?

CHINCHILLA: Si roma me voy por todo,  
¡por Dios, si te arromadiza!  
Roma dama que no topes  
que tirar, sino es con pinzas,  
¿mona hay que las trae mayor?

BRIANDA: ¿Pensabas que era judía?

CHINCHILLA: No; mas redonda y sin ellas,  
cara tienes de boñiga.  
Sutiles jinetes son  
los antojos, pues encima  
pueden tenerse, aunque vayan  
a la gineta o la brida.  
¿Hay tal esterilidad  
de narices en las Indias?  
Puedes pretender, por chata,  
una plaza de cacica.  
¡Válgate el diablo por roma!

BRIANDA: Si él me viera, no diría  
tantas faltas.

*Salen CARLOS y TEODORO, con ACOMPAÑAMIENTO, y  
dos CRIADOS con hachas. Vase BRIANDA en el momento que CHINCHILLA  
la ve a favor de la luz*

- CARLOS: Alumbrad.
- CHINCHILLA: (¡Jesús! ¡Ánimas benditas! Aparte  
¿Qué he visto?)
- CARLOS: ¿Quién sois? Teneos.
- CHINCHILLA: (¿Hay tal visión, tal harpía, Aparte  
cigüeña blanca y negra,  
tal urraca o golondrina?  
Yo me muero pues vi al diablo,  
a la muerte, a Celestina,  
y a una dueña, que es peor.  
¡Válgate el diablo por niña!)
- CARLOS: ¿Qué hacéis a tal hora aquí?
- CHINCHILLA: Pecados, señor, hacía,  
los más chatos y asquerosos  
que la inquisición castiga.
- CARLOS: ¿Hónrase bien el palacio  
de la marquesa, Chinchilla,  
hablando agora a sus damas?
- CHINCHILLA: ¿Damas? ¡Blasfemia! ¡Herejía!
- CARLOS: ¿Quién hablaba aquí con vos?
- CHINCHILLA: Una rapaza, que tía  
dicen que fue de Adán y Eva.
- CARLOS: Y vuestro señor, ¿sería  
el presumido galán,  
que de noche solicita  
las damas que no conoce?  
¿Quién era ella?
- CHINCHILLA: Si a la mía  
se parece, la tarasca  
del *Corpus Cristi* sería.
- CARLOS: Decid quién es, y advertid  
que la marquesa me envía  
a averiguar la verdad.
- CHINCHILLA: Pues vuestra merced la diga,

que yo estoy espiritado,  
es una visión o estantigua  
que agora de ver acabo;  
que me echen agua bendita,  
conjurándome, y después  
sabrás que la que venía  
a tentarme, empieza en "bri,"  
y tiene su "don" encima.

TEODORO: Ésa fue doña Brianda.

CHINCHILLA: Doña avestruza sería.

CARLOS: ¿Y la que habló a don Rodrigo?

CHINCHILLA: Vuestas mercedes me sigan,  
y sabránlo si me alcanzan.  
¡Dueñas! El cielo os maldiga.

*CARLOS habla aparte con TEODORO*

CARLOS: ¡Celos de este español llevo.

TEODORO: ¿De qué, si él ama a Narcisa,  
como a ti las dos hermanas?

CARLOS: No tengo yo tanta dicha.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



CARLOS: Todo le da cuidado,  
y más el sospechar que no es amado;  
que Amor, todo deseos,  
atajos busca, pero no rodeos.

AURORA: Y vos tan diligente  
hacéis sus partes, que aunque viva ausente,  
no lo parece.

CARLOS: ¿Cómo?

AURORA: Amante habláis, mejor que mayordomo.  
¿Quién duda que Narcisa  
os tiene cohechado y os avisa  
que en plumas y en papeles  
al conde Carlos le serváis de Apeles  
pintádola tan bella  
que su mudable amor mejore en ella.

CARLOS: Si tal al conde he escrito...

AURORA: Su mudanza causó vuestro delito,  
mas no ha de hallar colores  
con que disculpe Carlos sus amores.  
Escribidle que venga  
luego a Saluzo, y liberal prevenga  
galas de boda y fiesta,  
si sólo dilación su amor molesta;  
porque al punto que llegue,  
la mano le daré, porque sosiegue.

CARLOS: Yo en persona pretendo  
ganar estas albricias; que sintiendo  
prorogar su esperanza,  
su temor escribió, no su mudanza,  
que a Narcisa quería;  
mas yo sé, gran señora, que mentía.

*Vase CARLOS*

AURORA: ¿Qué os importa que mi hermana  
ame al conde, alma envidiosa?  
Yo no puedo ser esposa  
de dos, esto es cosa llana.  
Mas--¡ay violencia tirana!--

aunque Amor os aconseja,  
 siempre me tendréis con queja;  
 porque el que a escoger se anima,  
 aunque lo que escoge estima,  
 suspira por lo que deja.

Dejo a Carlos cuando escojo  
 al español. ¿Qué he de hacer,  
 si el conde en otro poder,  
 iguala el gusto al enojo?  
 Venga Carlos, pues me arrojó  
 a tan atrevido acuerdo,  
 y Amor entre loco y cuerdo,  
 no los suelte de la mano;  
 pues si alegra lo que gano,  
 causa envidia lo que pierdo.

*Sale BRIANDA*

BRIANDA: Ya es hora que vue Excelencia  
 salga a misa, si ha de oír,  
 porque espera en la capilla  
 el capellán.

AURORA: (No hay paciencia  
 que sufra esta competencia.  
 Narcisa por darme pena  
 competir conmigo ordena;  
 mas venceré su porfía;  
 que prenda que ha sido mía,  
 no es bien que la envidie ajena.

*Vanse AURORA y BRIANDA. Salen don RODRIGO y  
 CHINCHILLA*

CHINCHILLA: Ya dicen que la marquesa  
 con sus damiselas sale  
 a misa.

RODRIGO: Como señale  
 quién es la que en tal empresa

me promete, con el guante,  
 aclarar mi confusión,  
 ¡venturosa la ocasión  
 que espero!

CHINCHILLA: Encantado amante  
 has sido; ¡mas vive Dios,  
 que si la dama que esperas,  
 y tan bella consideras,  
 ve y nos iguale a los dos,  
 y es tan pobre de narices  
 como la que anoche vi,  
 que he de reírme de ti!

RODRIGO: ¡Qué de disparates dices!  
 Anda, necio.

CHINCHILLA: ¡Oh qué Narcisa,  
 qué Aurora en ella verás!  
 Ofrezcola a Satanás.

RODRIGO: Oye, que salen a misa.

*Salen AURORA y ACOMPAÑAMIENTO*

CHINCHILLA: Aurora viene delante.

RODRIGO: Hasta en esto ha sido Aurora.

CHINCHILLA: Ten cuenta si cae agora,  
 y al tenerla te da el guante.

RODRIGO: No tengo tal dicha yo  
 Carlos sí, que es quien la iguala.

AURORA: ¿Qué hacéis aquí, maestresala?

RODRIGO: Como tanto madrugó  
 vue Excelencia, imaginé  
 que fuera salir quería,  
 y a acompañarla venía.

AURORA: Anoche me desvelé,  
 y por eso he madrugado.

Mal, don Rodrigo, he dormido.

RODRIGO: ¡Dichoso el que ha merecido  
 desvelar vuestro cuidado!

AURORA: ¿No venís á misa?

RODRIGO: Espero

que vos entréis, gran señora.

AURORA: ¡Ah! sí.

*Habla aparte con su amo CHINCHILLA*

CHINCHILLA: Aquí tropieza agora.

RODRIGO: ¿Quieres callar, majadero?

*Vase AURORA con su acompañamiento*

CHINCHILLA: ¡Malos años, y qué tiesa  
que se entró! ¿Mas que ha almorzado  
asadores? Ya has sacado  
que no será la marquesa.

*Salen NARCISA, BRIANDA y ACOMPAÑAMIENTO, y  
cruzan la escena para en entrar en la capilla*

RODRIGO: Que es Narcisa. ¿Tú no adviertes  
el amor con que me mira?

CHINCHILLA: Flechas con los ojos tira,  
que dan vidas, y dan muertes.  
¡Dichoso tú, si tropiezas!

*NARCISA y su ACOMPAÑAMIENTO entran en la  
capilla, quedándose atrás BRIANDA*

Pero ¡por Dios, que ha pasado  
más tiesa que un empalado!  
Hecha es toda de una pieza.  
Mi dueña desnarigada  
quedó.

*BRIANDA, tropezando junto a don  
RODRIGO*

BRIANDA:            ¡Jesús sea conmigo!  
                           ¡Ay! Téngame, Don Rodrigo.  
 Rompióse la capellada  
                           del chapín. A no estar vos  
 aquí, cayera.

*BRIANDA habla aparte a don RODRIGO*

Cumplido  
 queda así lo prometido  
 anoche, del guante. Adiós.

*Le deja un guante y vase BRIANDA*

CHINCHILLA:        ¿Dejóte el guante?

RODRIGO:            Dejóme  
                           el demonio que te lleve.

CHINCHILLA:        ¿Ésta fue la de la nieve?  
                           Sarna es Amor, que la come.

RODRIGO:            ¡Vive Dios, si no pensara  
                           que Nareisa por probarme  
                           ha querido así burlarme,  
                           que con la dueña abrasara  
                           esta casa!

CHINCHILLA:        Estáte en eso,  
                           y entre tanto el guante ten.

RODRIGO:            ¡Oh! ¡Un rayo le abraze, amén!

*Arrójale*

CHINCHILLA:        ¿Le arrojas? ¿Estás sin seso?  
                           Guárdale, y, luego averigua  
                           la confusión de tu queja,  
                           pues es reliquia por vieja,  
                           de la imagen del Antigua.

*Sale ASCANIO*

ASCANIO: En fin, don Rodrigo, en vos  
 degeneró la nobleza  
 de España, con la firmeza  
 que la amistad en los dos  
 fundó, y tuvo por segura.  
 ¡Buen amigo hicistes hoy!

RODRIGO: (Para el humor con que estoy, Aparte  
 viene a buena coyuntura  
 este necio.) Pues de mí  
 ¿qué queja, conde, teneís?

ASCANIO: Lo que a oscuras pretendéis,  
 como amor es llama, vi  
 anoche, con el castigo  
 que os dio la que imaginastes  
 ser Narcisa, y no acertastes.  
 ¡Paga de un ingrato amigo!

RODRIGO: Pues ¿quién os dijo de mí  
 tal mentira?

ASCANIO: Quien hablaba  
 con vos, y os desengañaba  
 del soberbio frenesí  
 que a Narcisa os prometió.

RODRIGO: En fin, ella os quiere bien.  
 Daros puedo el parabién.  
 Una dama me escribió;  
 y ni yo sé quién es ella,  
 ni vos podéis con razón  
 tenerme en mala opinión.  
 Hacedle vos conocella,  
 y en su presencia veréis  
 cuán poco culpado estoy.

ASCANIO: Satisfecho, español, voy  
 mas agora no podéis  
 saber quién la dama fue;  
 que así se lo he prometido.  
 (Que hablé con ella he fingido. Aparte  
 Mal decírselo podré;

pero, pues Narcisa es cierto  
que me quiere, necio estoy  
en no decirle quién soy.)  
Adiós, don Rodrigo.

*Vase ASCANIO*

RODRIGO: Muerto  
de celos y confusión  
me deja este hombre.

CHINCHILLA: Sí hará;  
pero el guante bien podrá  
servir de declaración  
en tan confusa demanda.  
Mas ¿sabes lo que imagino?  
Que somos tres al mohino  
y nos revuelve Brianda.

*Salen NARCISA y BRIANDA, hablando a la puerta de la  
capilla*

NARCISA: En fin, se ha ya declarado  
mi hermana; ya al conde quiere,  
y a los demás le prefiere,  
pues a Carlos ha mandado  
que a Borgoña parta luego,  
para que al conde prevenga  
que a punto a Saluzo venga  
de boda.

BRIANDA: A escribirle un pliego  
se entró, acabada la misa.  
Para en uno son los dos.

NARCISA: Don Rodrigo, ¿aquí estáis vos?  
¿Qué tristeza es ésa?

*Habla aparte a BRIANDA*

Avisa

al secretario, y ve luego;  
que a Carlos quiero escribir  
a quien adora mi fuego.

*Vase BRIANDA*

¿No me habláis? ¿No respondéis?

¿En qué os habéis divertido?

RODRIGO: Siempre vive mi sentido  
en la confusión que veis.

Perdonadme; gran señora,  
si en quimeras ocupado,  
se descuida mi cuidado  
de hablaros.

NARCISA: Mi hermana Aurora

se nos casa, maestresala.

Por el de Borgoña envía  
para darnos un buen día.

Nuestra corte está de gala;

no estéis triste sólo vos;

que del bien de la marquesa  
nos dais señales que os pesa.

RODRIGO: Mil años los guarde Dios.

¡A mí pesarme! ¿Por qué?

NARCISA: Vuestra tristeza responde

por vos.

RODRIGO: Y el amor de un conde,

que en vuestros ojos se ve,

me dice también a mí

que presto segundaréis

bodas, con que os igualéis

a las suyas.

NARCISA: ¿Cómo así?

¿Quiere casarme mi hermana

con algun conde?

RODRIGO: Encubierto,

por vuestra hermosura muerto,

lo que yo he perdido gana,

y ya os llama su mujer.

NARCISA: No os entiendo.

RODRIGO: ¡Bien por Dios!

NARCISA: Si fuérades conde vos,  
Rodrigo, pudiera ser.

RODRIGO: ¿Cómo es esto?

*CHINCHILLA habla aparte a su amo*

CHINCHILLA: ¡Vive Cristo,  
señor, que es ésta la dama,  
que adivinaste y nos ama!  
Ya de mis burlas desisto.  
¿No ves el favor que te hizo?  
Declárate.

RODRIGO: Gran señora,  
no soy conde; pero agora  
ese favor solenizo,  
puesto que yo sé de vos  
que del fuego en que me abraso  
olvidada...

*CHINCHILLA habla aparte a su amo*

CHINCHILLA: ¡Al caso, al caso!  
¡Al punto, cuerpo de Dios!

RODRIGO: Estimáis otro trasunto,  
mejor diré original,  
que del conde de Monreal  
trasladáis.

*CHINCHILLA habla aparte a su amo*

CHINCHILLA: ¡Al caso, al punto!

NARCISA: ¿Qué Monreal? ¿Qué conde es ése?  
Don Rodrigo, ¿estáis en vos?

CHINCHILLA: Mi amo...

RODRIGO:            ¡Ah loco!  
 CHINCHILLA:            ¡Por Dios!  
                               Que ha de oírlo, aunque te pese.

*A ella*

Narcisa, en breves razones,  
 quiere con cuerdos avisos  
 imprimiros seis Narcisos,  
 y vestirlos de girones.  
       Daos las manos; que es descanso  
 de decir presto "sí" o "no,"  
 pero Aurora nos cogió.  
 Yo hablé por boca de ganso.

*Sale AURORA*

AURORA:            ¿Qué "sies" o "noes" son éstos?

CHINCHILLA:    El sí que has dado alababa,  
                               al conde aquí, y ponderaba  
                               que "sies" y "noes" prestos  
                               son cuerdos, si es que penetras  
                               la brevedad con que puso  
                               el "sí" o "no" la ley y el uso,  
                               pues tiene solas dos letras.

AURORA:            ¿Quién os mete en alaballos,  
                               a vos, para que igualéis  
                               sillas que en doseles veis,  
                               con las sillas de caballos?

CHINCHILLA:    Con mi señor vengo yo...

AURORA:            No entréis otra vez aquí;  
                               que si entráis y habláis así...

CHINCHILLA:    Yo me voy entre "sí" y "no."

*Vase CHINCHILLA*

AURORA:            Traedme un búcaro de agua,  
                               maestresala.

RODRIGO:            Voy por ella.

*Vase don RODRIGO*

AURORA: El fuego que te atropella,  
y en desatinos fragua,  
Narcisa, me ha de obligar  
a que este español destierre  
de Saluzo.

NARCISA: Cuando yerre  
en hablarle, si a casar  
con el conde te dispones,  
y por él has enviado,  
ya, Aurora, pasa el cuidado  
que siempre en mis cosas pones,  
de hermana a más que enemiga;  
y no por serlo mayor,  
has de usar de ese rigor,  
si la envidia no te obliga.

AURORA: Ven acá. ¿Quieres al conde?

NARCISA: Quísele; mas ya no sé.

AURORA: Pues al conde te daré,  
si a tu gusto corresponde,  
cuando venga.

NARCISA: Y eso; ¿es justo?

AURORA: Yo quiero, por tu provecho,  
si Carlos te ha satisfecho,  
perder, hermana, mi gusto.

NARCISA: ¿Y tú?

AURORA: Con monsiur de Guisa,  
de las flor-de-lises sol...

NARCISA: ¿Y qué hará, del español?

AURORA: Desterraréle, Narcisa.

NARCISA: Mal podrás si anda contigo,  
y en tu voluntad se esconde.  
Cásate tú con el conde,  
y déjame a don Rodrigo.

*Vase NARCISA*

AURORA: Como él me dejara a mí,  
 sí hiciera. ¡Ay, envidia mía!  
 Si ya sois Amor, ¿quién fía  
 tan grande hazaña de sí?  
 Sin duda que don Rodrigo  
 a Narcisa el alma ha dado;  
 mas si él me lo ha confesado,  
 ¿qué dudo? ¿Qué es lo que digo?  
 Declárese mi afición;  
 que ya no es razón, deseos,  
 que améis por tantos rodeos,  
 cuando aprieta la ocasión.

*Salen SIRENA, con un búcaro de agua en una  
 salvilla, y don RODRIGO con una tohalla*

RODRIGO: Ésta es el agua, madama.  
 AURORA: ¿Por qué vos no la traéis?  
 RODRIGO: En palacio, ya sabéis  
 ser costumbre que una dama  
 sirva siempre a su señora  
 la copa, no el gentilhombre.  
 AURORA: ¡Qué bien os cuadra ese nombre!  
 (Un sol es, si soy Aurora.) Aparte

*Prueba el agua*

¿Qué agua es ésta?  
 SIRENA: ¿Qué ha de ser?  
 La que de ordinario bebes,  
 de canela.  
 AURORA: ¿Tú te atreves  
 de ese modo a responder?  
 Si la probaras primero,  
 tu oficio hicieras mejor.  
 RODRIGO: Pues ¿qué tiene?  
 AURORA: Mal sabor.

Echaros la culpa quiero  
a vos de esto, maestra sala

RODRIGO Yo, señora, la tendré,  
puesto que antes la probé,  
y no me pareció mala.

AURORA: ¿No? Pues probadla, tened;  
probadla otra vez.

RODRIGO: No es justo  
que aquí...

AURORA: Veré si en mi gusto,  
o en el vuestro va. Bebed.

*Echa don RODRIGO un poco de agua en la salvilla y la  
bebe*

¿Por qué en la salva la echáis?

RODRIGO: ¿Había de beber yo  
por el barro?

AURORA: ¿Por qué no?  
¡Qué escrupuloso que estáis!

RODRIGO: A los señores de salva  
se les hace de este modo.

AURORA: Hoy sois ceremonias todo.  
¿No está salada?

RODRIGO: En la salva  
no sabe, señora, a sal.  
Buen sabor tiene, por Dios.

AURORA: Siempre os sabe bien a vos  
lo que a mí me sabe mal.

RODRIGO: (¿Qué es esto?) Aparte

AURORA: Dadla acá.

*Bebe otra vez*

Digo

que hecha una salmuera está.

RODRIGO: El búcaro lo estará.

AURORA: Probadla en él, don Rodrigo.

Tomad, bebed por aquí.

RODRIGO: Gran señora...

AURORA: No os turbéis.

RODRIGO: Pues ¿por dónde vos bebéis...?

AURORA: Sí, por donde yo bebí,  
porque no lo atribuyáis  
a melindre. ¿Qué os parece?

RODRIGO: El barro la sal ofrece,  
justamente me culpáis.  
(¡Vive Dios, que sabe bien! Aparte  
Pero por no desmentirla,  
el humor he de seguirla.)  
¿Traerán otra?

AURORA: No me den  
más agua, y con ella pena.

RODRIGO: (De esto, Amor, ¿qué colegís?  
¿Qué imagináis? qué decís?)

AURORA: Quitámela allá, Sirena.

*Vase SIRENA*

AURORA: Podrá ser que el nuevo estado  
que al conde mi amor propone,  
don Rodrigo, desazone  
mi gusto, y que esté salado,  
sin que lo esté la bebida.

RODRIGO: Eso, señora, será,  
puesto que en Carlos podrá  
cobrar la sazón perdida;  
que adora a vuestra excelencia,  
y es a su valor igual.

AURORA: No me estaba el conde mal  
si yo tuviera experiencia  
en esto de amar, mayor;  
pero en mi vida he querido  
y entrarse luego un marido  
en casa, es grande rigor  
sin venir por sus cabaes;  
quiero decir por desvelos,

rondas, competencias, celos,  
y otras finezas iguales.

RODRIGO: Yo así lo entiendo, señora.

AURORA: Vos que a Diana servistes,  
y en Momblán su amante fuistes,  
podéis enseñarme agora,  
primero que el conde venga,  
qué es amar, qué es tener celos,  
porque en aquestos desvelos  
experiencia mi amor tenga;  
que si va a decir verdad,  
a los que aman así envidia.

RODRIGO: De *arte amandi* escribió Ovidio  
pero todo es falsedad;  
que el amor y la poesía  
por arte no satisfacen,  
porque los poetas nacen,  
y el amor amantes cría.

AURORA: ¿El natural perficiona  
el arte?

RODRIGO: Es, señora, así.

AURORA: Amo al conde que no ví  
porque la fama le abona.  
Que me perficioue quiero  
el arte agora por vos.  
Solos estamos los dos.  
Enseñadme a amar, primero  
que venga; que sois discreto.  
Yo deseo estar celosa.

RODRIGO: Vos deseáis una cosa  
harto terrible, os prometo;  
pero ¿cómo, gran señora,  
queréis que os enseñe yo  
lo que no sé?

AURORA: Quien amó,  
jamás los celos ignora.  
Tracémoslo así los dos.  
Vos el conde os fingiréis,  
que me amáis y pretendáis,  
y yo celosa de vos,

porque hablar de noche os vi  
 con cierta dama, a reñiros  
 vengo, por ver si a pediros  
 celos acierto.

RODRIGO:               Sea así,  
                               pues que vos de eso gustáis.

AURORA:     Empiezo pues mi quimera;  
 veamos de qué manera  
 de mi enojo os disculpáis.

                  Cuando a Saluzo venistes,  
 conde, y a servirme entrastes  
 a darme envidia empezastes,  
 que en afición convertistes.

                  Celos tuve de mi hermana,  
 que a darme celos se atreve,  
 y envuelto mi amor en nieve,  
 correo de una ventana

                  fue, que un papel os llevó,  
 enigma, cuyo secreto  
 acertara el que es discreto;  
 mas no lo merecí yo.

                  Creísteis ser de Narcisa,  
 aumentando mis enojos,  
 sin conocer por los ojos  
 lo que el amor os avisa;  
                   y de suerte os persuadistes  
 a que mi hermana había sido,  
 que en mirarla divertido,  
 la mano ayer os heristes.

                  Echóos un lienzo a los pies,  
 que os dio creyendo Brianda  
 ser vuestro, y gozó su holanda  
 la sangre que yo después,

                  trocada por un listón.  
 con aquel favor creyera  
 avisaros, si no viera  
 de cuán poco efeto son  
                   con vos oscuros favores  
 si he de creer "el castigo  
 del penséque," don Rodrigo...

digo Carlos... que en amores  
 sois tan corto, como largo  
 en hazañas y valor.  
 Viendo en vano aquel favor,  
 en un papel os encargo  
 que vais de noche al terrero  
 donde os espera amorosa  
 la dama que está celosa  
 y entre nieve os dio el primero.  
 Y después de ponderarlos,  
 y aumentar vuestra afición,  
 privándoos de la razón,  
 don Rodrigo... digo, Carlos...  
 de ordinario me equivoco,  
 cuando trato de los dos;  
 mas yo cuando estoy con vos,  
 del conde me acuerdo poco.

RODRIGO: Antes que pase ese cuento  
 adelante, sepa yo  
 si habláis con el conde o no;  
 que aunque a Carlos represento,  
 parece que vais conmigo  
 relatando mi suceso.

AURORA: Mis celos ensayo en eso;  
 que ignorando, don Rodrigo,  
 los que Carlos no me ha dado,  
 quiero en los vuestros probar  
 si los sé pedir y dar.

RODRIGO: (¿Hay amor mas enredado?)      Aparte  
 ¿Yo, en fin, la materia doy  
 a vuestros celos agora,  
 verdadera, gran senora,  
 y un conde de burlas soy?

AURORA: Tomad en aqueste paso,  
 pues representáis a dos,  
 lo que veis que os toca a vos,  
 y de esotro no hagáis caso,  
 y vaya el cuento adelante.

RODRIGO: (¡Válgate Dios por mujer      Aparte  
 tan difícil de entender!)

AURORA: Fuistes, cortesano amante,  
 al terrero; y en sus rejas,  
 creyendo hablar a mi hermana  
 mi esperanza hicistes vana,  
 y acrecentastes mis quejas.

RODRIGO: ¿Luego érades vos, señora,  
 la que hablábades conmigo?

AURORA: Fínjolo así, don Rodrigo.

No me interrumpáis agora.

Vos que entre tanta quimera,  
 Teseo segundo fuistes,  
 impaciente me pedistes  
 que os declarase quién era.

Y yo de cifras cansada,  
 dije que el siguiente día  
 si la marquesa salía,  
 con otras acompañada,  
 a su capilla, la dama  
 que junto a vos tropezase,  
 y un guante suyo os dejase,  
 ésa daba a vuestra llama  
 materia. Fuime con esto;  
 pero cuando salí a misa,  
 agraviada que en Narcisa  
 vuestros gustos hayáis puesto,  
 a Brianda le mandé  
 que cayendo, os diese el guante,  
 y con burla semejante  
 burlas de mi amor pagué.

Mas pues en ella se funda  
 vuestra amoroso interés,  
 y pudiendo ser marqués,  
 por una hermana segunda  
 a la primera dejáis,  
 quedaos para inadvertido,  
 corto, desagradccido,  
 pues sin entrambas quedáis;  
 pues casándonos las los,  
 y desterrándoos de aquí,  
 yo quedo vengada así,

y como merecéis vos.

*Hace que se va*

RODRIGO:        ¡Señora! ¡Señora mía!

Oíd en burlas o en veras,  
 disculpas que verdaderas  
 amorosa el alma os fía.

A no tener yo por cierto  
 que era otro el dueño querido  
 por vuestro gusto elegido,  
 por vuestra belleza muerto;  
     a creer que aquella nieve  
 de vuestra mano salió;  
 que aquel papel escribió;  
 que el listón que el alma os debe,  
     fue favor más que piedad;  
 que en las rejas del terrero  
 volvistes cera el acero,  
 las tinieblas claridad;  
     que adorara considero,  
 sin dar causa a vuestras quejas  
 nieve, papel, listón, rejas,  
 noche, tinieblas, terrero,  
     celos, pendencias, castigo,  
 disgustos, enimas, guante...

AURORA:        Basta, basta. ¿Habláis amante  
 como conde, o don Rodrigo?

RODRIGO:        ¿Qué sé yo? Decidlo vos.

AURORA:        Como Carlos ha de ser,  
 porque esto se venga a hacer  
 más al propio entre los dos.

RODRIGO:        De cualquiera suerte gano  
 en la merced que me hacéis.

AURORA:        Pues si enojada me veis,  
     ¿no fuera bien que una mano  
     me tomáredes y en ella  
 imprimiéredes los labios?  
 Disculpáredes agravios,

enterneciéndoos con ella.

A ser como vos el conde,  
tan poco sabrá obligar,  
como vos representar.

RODRIGO: Mi cortedad os responde;  
pero yo me enmendaré.

*Le va a tonar la mano*

AURORA: Tarde me la babéis pedido.

*Mudando de repente de acción y  
tono*

Bien mis celos he fingido.  
A Carlos escribiré  
que a desposarse mañana  
venga, pues mi mayordomo  
le despacho.

RODRIGO: ¡Ay cielos! ¿Cómo  
esto oigo ahora?

AURORA: Mi hermana  
os quiere bien, yo lo siento...  
No me deis pena, Rodrigo.  
Mirad que otra vez os digo  
que de aqueste fingimiento,  
mentiroso y verdadero,  
lo que os está bien toméis.

RODRIGO: ¿Cómo, si a Carlos queréis?

AURORA: Quiero; pero no le quiero.

*Vase AURORA*

RODRIGO: ¡"Quiero; pero no lo quiero"  
cuando por Carlos envía!  
¿Qué es esto, confusión mía?  
Esperando, desespero.  
Que me quiere considero,  
que no me quiere me avisa

el ver que con tanta prisa  
a Carlos envía a llamar.  
Caríbdis es de este mar  
Aurora, y Scila Narcisa.

En elección tan oscura,  
necedad es no escoger  
la hermosura y el poder  
más que sola la hermosura.  
Si el atreverse es ventura,  
y ésta consiste en hablar,  
yo me voy a declarar  
con Aurora, gane o pierda;  
que no es la vergüenza cuerda,  
que se pierde por callar.

Sin decirme si ni no,  
se fue; pues si no me amara,  
con enojo me mirara;  
amorosa me miró.  
Al mayordomo llamó;  
que va por el conde advierto.  
Callando--¡cielos!--me ha muerto;  
pero no pienso olvidalla;  
pues si dicen que quien calla,  
otorga, que me ama es cierto.

*Vase don RODRIGO. Salen ASCANIO y  
CHINCHILLA*

CHINCHILLA: En fin, ¿no te has atrevido  
a hablar a Narcisa?

ASCANIO: No.

CHINCHILLA: Mal has hecho.

ASCANIO: Ya sé yo,  
Chinchilla, que soy querido.

CHINCHILLA: Pues viene el conde, no es mala  
esta ocasión; que á ríó revuelto...  
et cetera.

ASCANIO: Estoy resuelto.  
Ya que eres del maestresala

tan querido, que te fía  
su pecho, he de confiarte  
mi deseo.

CHINCHILLA: A declararte  
comienza, pues.

ASCANIO: Este día  
estará Carlos aquí.

CHINCHILLA: Adelante.

ASCANIO: La marquesa  
se ha de casar con la priesa  
que sabes.

CHINCHILLA: Todo es así.

ASCANIO: Narcisa me quiere bien.

CHINCHILLA: (Tal te dé Dios la ventura.)      Aparte

ASCANIO: Las fiestas dan coyuntura  
a mis amores.

CHINCHILLA: Pues bien...

ASCANIO: Si de boda a verla voy,  
en día de boda y fiesta,  
y mi amor le manifiesta,  
en tal ocasión, quién soy,  
¿quién duda que ha de olvidar  
bandos y guerras odiosas,  
y con paces amorosas  
a Narcisa me ha de dar?  
¿Qué te parece?

CHINCHILLA: Extremado  
arbitrio.

ASCANIO: Di a don Rodrigo,  
pues es mi mayor amigo,  
la traza que en esto he dado.

CHINCHILLA: Yo voy.

ASCANIO: Haz, Amor, que goce  
mi dicha con trazas nuevas.

CHINCHILLA: (¡Muy gentil despacho llevas,      Aparte  
cuando ella no te conoce!)

*Vanse los dos. Salen AURORA y don  
RODRIGO*

AURORA: Al fin, esta noche el conde  
tiene de entrar.

RODRIGO: (No hay hacer Aparte  
que me venga a responder  
a propósito. ¿Por dónde  
la podría yo obligar  
que me diga de sí ó no?)

AURORA: Por esto no se partió  
el mayordomo.

RODRIGO: (¿Hay pesar Aparte  
que al mío igualarse pueda?)

AURORA: Al amanecer me escribe,  
don Rodrigo, que apercibe  
su entrada, y cuando suceda  
así, no sé si será  
bien que para recibirle,  
madrugue tanto.

RODRIGO: Escribirle  
vuestra excelencia podrá  
Agora la bienvenida,  
y yo le daré el papel  
cuando venga.

AURORA: Bien; en él  
queda esta falta cumplida.

RODRIGO: A llamar al secretario  
voy pues.

AURORA: Estando los dos  
aquí, y escribiendo vos,  
no es esotro necesario;  
cuanto y más que de mi mano  
será escribirle forzoso  
a quien me la da de esposo.

RODRIGO: Todo amor es cortesano.  
En tan lícitos favores  
licencia tenéis, señora.

AURORA: La primer vez será agora  
que escribo cosas de amores.  
Yo no lo sabré notar;  
esto quiero que hagáis vos.

Vaya el papel por los dos.

RODRIGO: (¿En esto había de parar      Aparte  
mi ambicioso pensamiento?)

AURORA: ¿Qué decís?

RODRIGO: Que se haga así.

AURORA: Traed el recado.

RODRIGO: Aquí  
está todo. (¡Ay, pensamiento!) Aparte

AURORA: Decid; que yo escribiré,  
y advertid que vaya tierno  
y grave.

RODRIGO: (Si en un infierno      Aparte  
me veo, ¿qué le diré?)

*Nota don RODRIGO, y escribe AURORA*

LOS DOS: Conde de mi vida. . . Yo vivo muriendo,  
No esperéis favor. . . miéntras que callando  
en ausencia amor. . . pena me estén dando  
que es niño y olvida, . . cifras que no entiendo.  
Amo, y no sois vos. . . Quien mi mal ignora  
de quien me enamoro. . . mi vida maltrata.  
El dueño que adoro. . . Hable, pues me mata.  
Esto basta. Adiós. . . La marquesa Aurora.

AURORA: Pues yo, Rodrigo, escribí  
lo que notado me habéis,  
Leedle agora, y veréis  
Si está bueno.

RODRIGO: Dice así.

*Léele*

AURORA: Antiguos los versos son.

RODRIGO: No es bien que pierdan por eso.

AURORA: Que me agradan os confieso,  
por darles vos opinión.  
Cerradle y dádsele vos,

pues llevársele queréis.

*Corta el papel don RODRIGO de alto a bajo en dos partes*

¿Cortáisle? ¿Qué es lo que haceís?

RODRIGO: Un papel dividido en dos.

AURORA: ¿Qué decís?

RODRIGO: Veréislo ahora.

AURORA: ¿Pues qué intentáis con cortarlos?

RODRIGO: Éste ha de ir al conde Carlos,  
y éste a la marquesa Aurora.  
Vos el uno le escribís,  
y yo, señora, os escribo  
el otro. Dicha recibo,  
si a su sentido acudís.

AURORA: El papel del conde Carlos,  
en dos papeles diversos,  
hará, cortados los versos,  
dos sentidos.

RODRIGO: Si mirarlos  
gustáis, veréis, gran señora,  
lo que en uno y otro digo.

AURORA: Sutileza es, don Rodrigo,  
que no la he visto hasta ahora.

RODRIGO: Como serviros deseo,  
novedades he buscado,  
que os declaren mi cuidado.  
Éste es del conde.

AURORA: Éste leo.

*Lee*

"Conde de mi vida  
no esperéis favor  
en ausencia Amor;  
que es niño y olvida.  
Amo, y no sois vos

de quien me enamoro.  
 El dueño que adoro...  
 Esto basta. Adiós."

Bueno está. En todo sois diestro  
 más de vuestro ingenio fio  
 que pensaba.

RODRIGO:               Éste es el mío.

AURORA:       Leamos pues este vuestro.

*Lee*

"Yo vivo muriendo,  
 mientras que callando,  
 pena me están dando  
 cifras que no entiendo.

Quien mi mal ignora,  
 mi vida maltrata.

Hable, pues me mata,  
 la marquesa Aurora."

RODRIGO:       Si pueden más por escrito

mis penas que de palabra,  
 y en vos mi esperanza labra  
 la dicha que solicito;

no divirtáis la respuesta  
 que espero callando agora.  
 Respondedme, gran señora;  
 que poco un "sí" o un "no" cuesta.

Por no entender un papel  
 de la condesa perdí  
 el bien que pretendo aquí,  
 olvidando a Oberisel.

En un jardín me esperaba,  
 ganando la bendición  
 un conde, con la ocasión  
 que sus cabellos me daba.

Otro conde os da la mano;  
 yo iré, si me amáis, en fin,

a ver si en vuestro jardín  
la ocasión al conde gano.

Y advertid que si calláis,  
suspendiendo al que os adora,  
quien calla, otorga, señora,  
y así a todo os sujetáis.

Dad claridad, si os obligo,  
a tinieblas tan crüeles.

AURORA: Buenos están los papeles.  
Mucho sabéis, don Rodrigo

*Vase AURORA*

RODRIGO: Alto; ella ha dado en callar  
o por sin seso me tiene,  
o mi amor a otorgar viene.  
¡Vive Dios, que he de probar,  
yendo al jardín a esperalla,  
pues confuso me dejó,  
si soy venturoso yo,  
o si otorga amor quien calla.

*Vase don RODRIGO. Salen CARLOS, NARCISA, ARMINDA y  
ACOMPANAMIENTO*

NARCISA: Pues a Saluzo ha venido  
tan presto vuestra excelencia,  
corta ha sido la jornada;  
vuestro amor estaba cerca.

CARLOS: Y tanto, que en vuestra casa  
me partí, Narcisa bella,  
de mayordomo que he sido,  
a ser marqués.

NARCISA: ¡Diligencias  
de amor, dignas de estimarse,  
pues disfrazando grandezas,  
para ser mayor en todo,  
fuistes mayordomo en ella.

No os aguardaba tan presto  
 mi hermana; mas cuando os vea,  
 estimará agradecida  
 su dicha y vuestra presteza.  
 Gocéisla por muchos años.  
 Avisen a la marquesa.  
 ¡Hola!

ARMINDA:        En el jardín entró.  
 Yo voy a darle estas nuevas  
 y a pedirle las albricias.  
 Pero, pues sale ella mesma,  
 esposo y albricias gana.

*Salen AURORA y don RODRIGO, de las manos. Don  
 RODRIGO habla con AURORA a la puerta, antes de reparar en los  
 demás personajes de la escena*

RODRIGO:       Si así alcanza quien espera,  
 si así Amor que calla, otorga,  
 si así servicios se premian,  
 esposa del alma mía,  
 píntese el Amor sin lengua,  
 con corona la esperanza,  
 laureada la paciencia.

AURORA:        ¡Hola! Llamen a Narcisa,  
 para que a mi esposo vea,  
 y a mi amor dé parabienes,  
 a pesar de sus sospechas.

*Adelantándose NARCISA hacia su  
 hermana*

NARCISA:       Ya se los he dado yo,  
 y teniendo en tu presencia  
 al conde Carlos tu esposo,  
 que muchos años lo sea,  
 podrás cumplir mi esperanza.

AURORA:        ¿Que es esto?

CARLOS:               Éstas son finezas  
de mi amor por vos premiado,  
que a besaros los pies llega.

AURORA:     Mayordomo, ¿qué queréis  
decir por eso?

CARLOS:               Ya cesan  
disfraces. El conde soy,  
que disimulada y cuerda  
sé yo que habéis conocido.  
Besar mis labios merezcan  
cristales de tal Aurora,  
porque yo su Endimión sea.

AURORA:     Seáis, conde, bien venido;  
que yo sé que la nobleza  
de mi señor el marqués,  
de veros aquí se huelga,  
porque huésped tan ilustre,  
honrando las bodas nuestras,  
festeje nuestra ciudad.

CARLOS:     ¿Qué decís?

AURORA:               Narcisa, llega,  
habla al marqués don Rodrigo.

CARLOS:     ¿Cómo es eso? Antes que sepa  
mi agravio el mundo, tendrán  
satisfacción mis ofensas.

AURORA:     Conde, pues vos me perdistes,  
y Narcisa y su belleza  
os enamora, gozadla,  
pues así cumplida queda  
su ventura y vuestro gusto.

CARLOS:     Primero que tal consienta...

AURORA:     Estando en Saluzo, conde,  
no es bien que de esa manera  
habléis.

CARLOS:               ¡Con un maestresala!  
¿Qué desigualdad es ésta?

AURORA:     Mayordomo también fuistes.  
Poca ventaja se lleva  
un oficio a otro.

RODRIGO:             Aquí,

generoso conde, pueda  
 más el valor que la espada,  
 que el enojo, la prudencia.  
 La mano me ha dado Aurora,  
 y yo, si reprimís quejas,  
 con los brazos os ofrezco  
 una amistad verdadera.

CARLOS: Mucho alcanzan cortesías.

Pues el cielo así lo ordena,  
 y Narcisa es tan hermosa...  
 no quiero mujer por fuerza.

NARCISA: Yo soy vuestra humilde esclava.

*Salen CHINCHILLA, y luego ASCANIO*

CHINCHILLA: Plaza...

AURORA: ¿Qué es aquesto?

CHINCHILLA: Afuera,  
 que entra el conde de Monreal...

RODRIGO: ¿Estás en ti, loco?

CHINCHILLA: Que entra  
 el conde de Monreal, digo,  
 a casarse con Belerma...  
 con Narcisa, iba a decir.

*Saliendo ASCANIO*

ASCANIO: Si enojos, bandos y guerras,  
 en amistades y amor  
 es justo que se conviertan,  
 por albricias, bella Aurora  
 del esposo y de la vuestra,  
 dad al conde de Monreal  
 a Narcisa, pues por ella  
 vuestro secretario ha sido.

AURORA: Con trasformaciones nuevas,  
 habemos tenido en casa  
 del Piamonte la nobleza.

Las paces que me pedís,  
yo las otorgo contenta;  
pero no puedo a Narcisa.  
Pedidle a Carlos licencia;  
que es ya su esposa.

ASCANIO:                   ¿Y vos no?  
¿Qué marañas son aquéstras?

RODRIGO:    Yo soy, conde, el venturoso  
que alcanzo tan ardua empresa.

CHINCHILLA:  ¡Cuerpo de Dios! ¿Eso dices,  
y a Chinchilla de dar dejás  
tus pantorrillas y brazos?  
¡Por Dios, que es linda tu flema!

ASCANIO:    Pues Narcisa me engañó,  
¿qué tengo de hacer? Paciencia.  
La vuelta a mi tierra doy.

RODRIGO:    Pues otorgó la marquesa,  
callando, mi firme amor,  
llámese aquesta comedia,  
quien calla otorga, senado,  
satisfaciendo con ella  
al castigo del penséque,  
pues no es necio quien se enmienda.

FIN DE LA COMEDIA